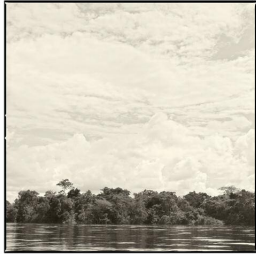


A Dos Manos



Para ti

Para mí

Para él

Como crónica in memoriam de una orilla de la vida

ÍNDICE

Diario de viaje	7
Cuaderno de memoria	55
Desarrollo / Materiales	88
Promptuarium	89
Apéndice documental	130
Anexo de edición	137

INDEX

English version	91
Travel diary	95
Memory notebook	115
Development / Materials	128
Promptuarium	129
Documentary appendix	130
Edition annex	137



DIARIO DE VIAJE

Venezuela, del 31 de julio al 28 de agosto de 1992

Este diario de viaje surge en abril de 2018, después de que Fany estuviera recuperando las fotografías que hicimos durante nuestras vacaciones en agosto de 1992 a Venezuela.

Buscando toda la documentación que teníamos, aparte de las fotografías, encontré una carpeta que contenía una libreta donde iba apuntando los gastos y algunos de los sitios por donde pasamos, también había mapas, billetes de avión, tarjetas de visita, facturas y tickets. Todo ello ha hecho que afluyeran los recuerdos y que me sea más fácil poder escribir sobre este viaje de hace ya 26 años.

Nunca habíamos realizado un viaje a tan larga distancia, hasta entonces habíamos viajado por España y Europa. Con 28 años y un poco de dinero ahorrado, decidimos que era el momento. El ir a Venezuela fue por una conversación mantenida con nuestro amigo Jesús, que había estado allí y que nos habló del viaje con gran entusiasmo. Nos contó que conocía a un español, Pepe, afincado en Puerto Ayacucho, que les había hecho de guía.



Sacamos unos billetes de avión de ida y vuelta con destino a Maiquetía (a 30 km de Caracas). La ida fue un viernes 31 de julio desde el Aeropuerto de Madrid Barajas a las 11:15 horas, la vuelta fue un viernes 28 de agosto desde el Aeropuerto de Maiquetía Simón Bolívar (Estado Vargas) a las 17:20 horas.

Día 31 de julio, viernes

Emocionados, cogimos el avión rumbo a Caracas con escala en Lisboa. En el transbordo ayudamos a una mujer venezolana con su equipaje y charlamos con ella sobre Venezuela, había estado en Madrid visitando a una hija.

Día 1 de agosto, sábado

Llegamos al aeropuerto de Maiquetía (6 horas menos que en España) y la mujer venezolana se ofreció a llevarnos a Caracas en el coche de su hijo, que había venido a recogerla. Nos acercaron a un hotel-pensión, dejándonos su número de teléfono. Después de registrarnos y dejar nuestro escueto equipaje nos encaminamos a conocer la ciudad.

La impresión que me causó fue de muy bulliciosa, ruidosa y sucia, creo que me intimidó un poco.

Después de todas las recomendaciones recibidas de no beber agua del grifo, ni zumos naturales, nos fuimos al primer puesto callejero de zumos (lo que allí llaman jugos, que elaboran con fruta y agua), degustando todos los que nos apetecieron, ¡riquísimos! Eso nos ocasionó 2 días de apremiantes visitas al baño, a partir de entonces no tuvimos más problemas estomacales.



Día 2 de agosto, domingo

Al día siguiente, volvimos al aeropuerto de Maiquetía para coger un pequeño avión que nos llevaría a Puerto Ayacucho.

Según pisamos tierra, a la primera persona que nos encontramos le preguntamos por la farmacia del pueblo, era la única referencia para encontrar a Pepe, ya que estaba casado con la farmacéutica. Allí nos encaminamos. Afortunadamente estaba su mujer y ella nos facilitó dónde encontrarlo. Solo le conocíamos por una fotografía, cuando dimos con él y nos presentamos como amigos de Jesús, se quedó muy sorprendido. Nos dijo dónde podíamos alojarnos, después de comentarle que nuestro presupuesto era exiguo, también hablamos de que queríamos contar con él para viajar por la selva y la Gran Sabana.

Nos instalamos en casa de una mujer belga, Helga, que alojaba a viajeros. La casa era modesta pero acogedora, decorada con cuadros y objetos de la vida de los indios del Amazonas. Tenía una zona común amplia, donde unas hamacas muy coloridas colgaban desde la pared a unos troncos de árboles que sujetaban la cubierta de la casa. Había como 3 o 4 habitaciones, la nuestra era muy austera pero confortable, disponía de una cama y las paredes estaban decoradas con cuadros de paisajes de la selva, estos realizados por un pintor local. En el patio interior de la casa se encontraba una ducha, que consistía en la terminación de una tubería por donde salía un chorro de agua templada. Por las mañanas Helga nos preparaba un café negro, delicioso, hecho en puchero y conversábamos con ella, el desayuno más completo lo teníamos que hacer fuera de la casa.



Tenía en la zona común un cuadro enorme de un indio yanomami que nos tenía prendados, quisimos comprárselo, pero sin éxito, ya que creo nos dijo que había sido un regalo de su marido. El marido de Helga era venezolano, con mezcla indígena.

Como Pepe no se decidía a acompañarnos por la selva y nuestro tiempo pasaba, decidimos ir a una agencia de viajes local, Autana Aventura, para contratar un pequeño viaje por el río Orinoco y visitar un poblado de indios piaroas.

Día 5 a 8 de agosto

Salimos un miércoles 5 de agosto, la expedición la componíamos Lucho, nuestro guía; Alex, el cocinero; Umberto, el maquinista de la lancha; dos personas locales más de apoyo; Hams y Euqui, una pareja de holandeses, y nosotros.

Nos dirigimos río arriba en una barca y después a pie por la selva hacía un embarcadero, donde había dos curiaras que nos permitirían cruzar a la otra orilla del río. El embarcadero estaba situado río arriba en el margen izquierdo, librando una caída que aunque no era demasiado alta tenía muchas piedras y rápidos.

El edificio consistía en una construcción abierta, con un techado de chapa cubierto con hojas de palma. Pasamos la noche, colgando nuestras hamacas de los palos que lo sujetaban.

Por la mañana temprano, tras desayunar, nos montamos en las barcas. En la nuestra íbamos Umberto, Lucho, Alex, la pareja de holandeses y nosotros. Yo iba montada mirando río arriba, en el extremo



opuesto al motor de la barca. Acabábamos de salir remontando el río, muy caudaloso y con una corriente muy rápida por las fechas de lluvias en las que nos encontrábamos, cuando el motor se paró. El tiempo para mí también paró, fueron los minutos más largos de mi vida, el motor se había ahogado y no arrancaba, mientras descendíamos a gran velocidad acercándonos peligrosamente a los rápidos. Yo miraba de reojo el embarcadero, era la referencia que tenía de donde estaba situada la caída, y me preparaba para el desenlace final. Saltar de la barca no era una alternativa, la corriente era tan fuerte que no hubiésemos podido a esas alturas alcanzar la orilla. De pronto escuchamos el rugir del motor, que Umberto frenéticamente había intentado hasta ese momento arrancar. Solo después de eso recuerdo el respirar, había estado manteniendo la respiración en todo ese tiempo.

Una vez remontado y cruzado al margen derecho, nos adentramos en la selva para dirigirnos al poblado de los indios piaroas.

Me divertí mucho en el camino hablando con Lucho, el guía, sobre su vida en Puerto Ayacucho y su curiosidad por saber de cómo era la vida en España.

Caminar por la selva no es fácil, siempre mojados por nuestro propio sudor y la humedad del ambiente, los caminos como los occidentales conocemos no son tales y la luz del día queda tamizada por las hojas de los grandes árboles que impide que pase. Toda la vegetación y ruidos te hacen sentir que no eres bienvenido.

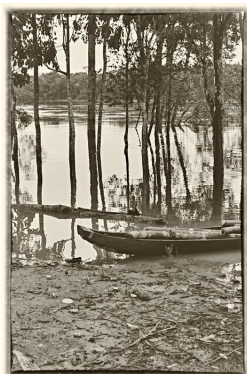


Alex, el cocinero, era un chico muy joven que llevaba cargada a su espalda toda la comida y utensilios para cocinar, en las manos transportaba 2 bandejas de cartón con huevos. En más de una ocasión resbaló, natural por otra parte debido a las hojas y troncos mojados, pero milagrosamente en ninguna de ellas dejó caer los huevos. Nosotros, maliciosamente, nos reíamos comentando que esa noche cenaríamos tortilla a la selva en vez de huevos duros.

Llegamos al poblado piaroa, donde nos recibieron Timoteo, el patriarca, Abel, el hijo mayor, y el resto de una chiquillería: Alberto, Wendy, Carmen y Gisela, niños de entre 2 y 7 años. La mujer no estaba, llegó al atardecer con otro hijo (de estos no recuerdo sus nombres).

El lugar consistía en una zona, entre la selva y la orilla del río Cuao, no muy grande, donde habían cortado la vegetación para dejar espacio a una cabaña con un pequeño huerto. La vivienda era en forma cónica-elíptica con techo de palma que llegaba hasta el suelo, diáfana por dentro y con un fuego en el centro de la estancia, dormían en hamacas colgadas y los bebés tenían una más pequeña, colgada por encima de la de sus padres.

Después de las presentaciones yo me senté en un tronco, que hacía las veces de banco, para secarme los pies empapados de la caminata a través de la selva. De repente, me vi rodeada de los más pequeños que me miraban con curiosidad aunque un poco asustados. Para ganarme su confianza empecé a cantar las canciones de cuando era niña: Hola don Pepito, El patio de mi casa, La gallina



Turuleta...., comenzaron a reír y a tocarme, ya con más confianza.

A los niños se les veía desnutridos, con los vientres hinchados, se podía intuir que llenos de parásitos. La ropa que llevaban, no era la tradicional de los indios, consistía en pantalones y camisetas tremendamente gastadas.

Mientras yo me empleaba en los cuentos y canciones con los niños, Lucho y Fany decidieron coger una curiara a remos (pequeña embarcación de madera en forma de piragua) y darse una vuelta por el río Cuao. Mi sensación es que pasó muy poco tiempo desde que les vimos partir, cuando aparecieron corriendo, atravesaron el poblado y se lanzaron al río desde donde habían salido.

Los allí presentes no dábamos crédito, no entendíamos nada. Solo les veíamos hacer grandes aspavientos en el agua y frotarse con energía. Después nos enteramos de que al poco de salir del poblado, habían volcado. Como el río bajaba muy caudaloso y con gran velocidad, como pudieron, se agarraron a las ramas de las orillas y con tan mala suerte que les cayó encima un nido de hormigas chispita. Esta hormiga es diminuta pero muy agresiva, si se ve alterada te muerde e inyecta su veneno. Al instante sientes como si te clavaran alfileres de fuego. Estando sentada con los niños, con los pies descalzos, me mordieron algunas. No me puedo imaginar si te cae un nido encima. Por otra parte tuvieron suerte de que el río llevara agua en abundancia y las pirañas, "caribes" en lengua local, estuvieran menos agresivas, hubiesen sido peor que las hormigas.



Cayendo la tarde, vimos llegar a la mujer de Timoteo en una curiara arrastrando la de Fany y Lucho, que ya dábamos por perdida. La habían encontrado río abajo, suspiramos aliviados de no dejarles sin su medio de locomoción.

Esa noche para cenar Alex nos preparó arroz con tomate y huevos duros. Estando cenando, sentados en el tronco del árbol, aparecieron los niños y un perro, que era huesos pegados a la piel, Fany no pudo evitar una fuerte compasión hacia el perro y le lanzó un huevo duro pelado, el pobre animal se lo tragó sin masticar. Los niños le miraron asombrados, sin comprender lo que acababa de hacer, su desconcierto era total, yo me sentí fatal. La familia cenaría un oso melero o tamandúa muy pequeño y seguramente insuficiente para la numerosa prole.

La forma de caza de los piaroas consiste en impregnar la punta de sus flechas con curare, una sustancia venenosa que proviene de una planta que se da en la cuenca del Amazonas, y lanzarlas con sus cerbatanas a los animales.

Por suerte, Lucho nos dijo que cuando fuésemos a regresar a Puerto Ayacucho les dejaríamos toda la comida que no habíamos gastado y que era abundante, cosa que nos pareció fantástica y aplaudimos. Lucho ya se había encargado de comprar comida de sobra, siempre lo hacía en sus visitas al poblado. Un buen tipo.

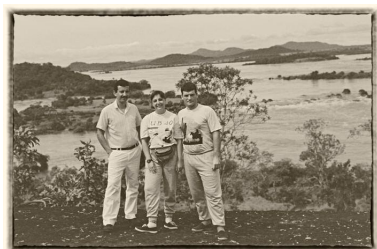
Con Abel, el hijo mayor, y Lucho nos encaminamos a visitar un cementerio donde los indígenas enterran a su familia. Llegamos a una zona alta con



piedras redondeadas grandes, de un color casi negro. Allí pudimos ver la forma de enterramiento, que consiste en envolver al cadáver con palos flexibles y atar los extremos, para colocarlo después entre grandes piedras abiertas. Al estar al aire libre, los palos que envuelven al cuerpo se deterioran, dejándolo entrever. Nos explicaron que los colocaban allí para que estuviesen más cerca del Cerro Autana "el árbol de la vida". El cementerio es un lugar sagrado y no les hace mucha gracia que los tuuriistas (con un deje arrastrado que utilizaba Timoteo) lo visiten, pero éste nos dio su permiso. Acostumbraba a burlarse de nosotros diciéndonos, a nuestras quejas de las picaduras de los mosquitos: -a los tuuriistas les pican los zancudos-.

Volviendo al poblado me fijé que Abel cortaba unas hojas enormes, a mi pregunta de que para qué las iba a utilizar me contestó que para protegerse de la lluvia que venía. Miré al cielo, entre la tupida copa de los grandes árboles, solo logré ver un cielo azul, pero de repente escuché un murmullo que se iba acercando y sin tiempo de reacción diluvió, es como si todos los grifos de una ciudad se abriesen a la vez sobre nuestras cabezas. Reconozco que las hojas son efectivas para protegerse del dolor que produce el agua al chocar contra nuestra piel, no tanto para impedir que te mojes.

Después de las despedidas y dejarles la comida, nos dirigimos hacia el Cerro Cuao. Como había llovido copiosamente el día anterior, el camino se convirtió en un barro escurridizo que subiendo la gran pendiente dábamos un paso hacia arriba y dos hacia abajo. No pudimos avanzar mucho y decidimos



ante la imposibilidad de proseguir, hacer noche en una construcción con un techado de madera sujeto por troncos que había en mitad de la selva.

Anclamos nuestras hamacas y nos enseñaron como capturar las arañas tarántulas -Mona brachypelma-. Estas anidan en agujeros en el suelo cubiertos de las hojas caídas, las cogen metiendo una fina rama por la abertura del nido y cuando estas salen las inmovilizan con un pequeño palo presionando su espalda, para impedir que lanzen sus pelos urticantes, luego van colocando sus patas, una por una, hacía atrás, de tal manera que la araña deja totalmente vulnerable su abdomen. Pretendían asarlas para que las probásemos, pero a los holandeses no les parecía bien matarlas teniendo para cenar macarrones y nosotros apoyamos su decisión.

Los holandeses eran una pareja joven, él ejercía como profesor y hablaba un poco de español, pero ella no hablaba ni papa. No conseguimos poder mantener una conversación fluida con ellos.

Nos instalamos en nuestras hamacas para dormir, por cierto que solo llevábamos una fina sabana para cubrirnos y pasé mucho frío. Esa noche ocurrió algo curioso, Fany se levantó a media noche para hacer pis y se colocó al borde del techado, en la oscuridad, vio dos grandes ojos amarillos mirándole, retrocedió y se volvió a la hamaca sin decir nada. A la mañana siguiente nos lo contó. Al parecer había por la zona un puma que había atacado a un piaroa y por eso llevaban a una persona con rifle en nuestro viaje, no nos habían dicho nada antes para no preocuparnos.



Día 9 de agosto, domingo

De vuelta a Puerto Ayacucho, tras una emotiva despedida de Lucho y Alex, llegamos a la casa de Helga para alojarnos, pero estaba completa, por lo que tuvimos que ir a un motel espantoso.

Después quedamos con Pepe para concretar si nos acompañaría por la Gran Sabana.

Como queríamos comprar una hamaca tradicional, este nos llevó a la cárcel del pueblo donde los presos las hacían. Por extraño que pueda parecer, acabamos en el patio de la cárcel rodeados de presos en camisetas blancas de tirantes, tatuados y con aspecto bastante fiero, que nos enseñaban sus hamacas e intentaban convencernos cada uno de ellos de que la suya era la mejor. Había guardias armados con nosotros, pero muy relajados y fumando. Desde luego yo estaba asustada por la situación, a día de hoy no entiendo cómo acabe allí. Recuerdo decirle a Fany que comprase una y nos fuésemos, pero en su inconsciencia él se negaba por parecerle feas, que lo eran. Salimos de allí con el disgusto de los presos de no conseguir algunos pesos y yo aliviada.

Naxira no quería que Pepe se fuera de viaje y este tuvo que emplearse a fondo para que, a regañadientes, le dejase partir.

Día 10 de agosto, lunes

Ese lunes, montados en el Toyota 4x4 destartado de Pepe, que de los 6 cilindros que tenía solo le funcionaban 4, partimos rumbo a la Gran Sabana por la carretera del troncal 12. Sin saber exactamente a dónde nos iba a llevar.

Pepe iba conduciendo, Fany de copiloto y yo sentada en la parte trasera en un banco de madera situado lateralmente, acompañada de las bolsas de viaje y de una nevera de camping enorme llena de cervezas.

La primera noche paramos en una taberna y preguntamos a la señora que la regentaba si tenía algo para darnos de cenar. Dispuesta, nos dijo que podía cocinarnos una gallina. Pasaron como tres horas, mientras Fany y Pepe bebían cervezas, hasta que la cena estuvo lista. La buena señora había tenido que ir al gallinero, matar a la gallina, desplumarla, trocearla y cocinarla; para que estuviera blanda, la acompañaba una botella llena de agua con guindillas flotando en su interior a modo de salsa. Pepe se echaba a mansalva, Fany se echó unas gotas y lloraba del picor y yo ni la probé.

Colgamos nuestras hamacas en unos árboles y bajo la noche estrellada dormimos. A media noche Fany se despertó con picores por todo el cuerpo, los mosquitos se habían cebado con él y no le dejaron ni un trozo de piel libre de picaduras. Lo pasó fatal. Los zancudos y gegendes, como llaman en Venezuela a los mosquitos, eran implacables y aunque dormíamos con mosquiteras en las hamacas, siempre lograban encontrar un hueco por donde meterse. Fany probó todos los remedios caseros que allí le decían, incluso se untó con una mezcla de petróleo y repelente, pero ninguno dio resultado.

Día 11 a 17 de agosto

Continuamos el viaje temprano, dirección a Ciudad Bolívar.

Naxira tenía muchos familiares por toda Venezuela, fruto de los amoríos y casamientos de su padre. Así que, para economizar gastos y vivir la vida de las gentes de allí, nos dedicamos a visitar a hermanos, primos y sobrinos de la mujer de Pepe, que eran muy numerosos.

En una de esas visitas fuimos a parar a un rancho que estaba en mitad del campo. Antes de ir nos aprovisionamos de cervezas, ron y un gran pedazo de carne para hacer un asado.

El lugar estaba situado en un alto, rodeado de hierbas altas, con algunas casitas de madera, muy humildes y precarias; la impresión era de pobreza. En una de las casas vivía un hermano por parte del padre de Naxira, la familia la completaba la mujer y dos niñas. La hija mayor me dijo que tenía 14 años, no aparentaba más de 10 u 11. La desnutrición era patente. A las sonrisas de los niños afloraban unos dientes llenos de caries, fruto de la falta de higiene bucal.

Hicieron un hoyo en la tierra, metieron el trozo de carne que llevamos y la cubrieron de brasas. El tiempo se dejaba pasar charlando y bebiendo.

Los niños siempre sienten curiosidad por los extranjeros, más si es mujer, por lo que me volví otra vez a ver acompañada de los que allí había. Mi manera de conectar con ellos era con las canciones y así pasamos la tarde hasta que llegó la hora de la cena.

Mi sensación, todavía la recuerdo nítidamente, era de tristeza a mi alrededor. A esa familia se



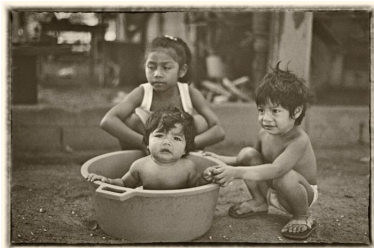
la veía malvivir y con un futuro de miseria para esos niños. Esa noche apenas cené, no podía comer pensando que les quitaba la comida, preferí que por lo menos en esa ocasión fueran ellos los que se alimentasen. Otro detalle fue cuando saqué mi cepillo de dientes, los niños no me quitaban ojo ¿envidia, curiosidad?, esa era la sensación que me producía. Se me ocurrió preguntarles si ellos tenían uno, ilusa de mí, y me respondieron que una vez sí lo tuvieron.

Otra anécdota de aquel lugar fue cuando, por falta de intimidad, pues por supuesto no había servicio, le dije a Fany que me acompañase un poco apartados para hacer pis. Cuando me dispuse a bajarme los pantalones, rodeados de hierbas altas, comenzamos a escuchar ese sonido tan característico que hacen las serpientes de cascabel, como pudimos salimos de allí y desde entonces ya no me importó mi intimidad.

Otra noche que dormimos en nuestras hamacas con una noche espléndidamente estrellada en nuestras cabezas. A la mañana siguiente, y tras las despedidas, dejamos el rancho.

Tengo que decir que no me gusta la cerveza y tras sugerir a Pepe que nada de bebidas alcohólicas para mí, no se le ocurrió otra cosa que comprar también Pepsi, el agua para beber no estaba en su diccionario. Después de unos días yo me sentía como un globo a punto de subir al cielo, tuve que rogarle que comprase agua.

Por los poblados que pasábamos, al borde de la carretera, había siempre gente vendiendo fruta y



comida. Parábamos para comprar cocos verdes, que nos abrían en el momento para beber su agua. Otras veces, adquiríamos plátanos, eso sí teníamos que llevarnos todo el racimo entero que colgábamos del Toyota: comíamos hasta hartarnos.

La siguiente parada fue en la finca propiedad de otro hermano, este por parte de la madre de Naxira, que la tenía de ocio, no vivía allí. Era enorme, llena de charcas y vegetación, hacía falta más de una jornada a caballo para recorrerla.

La cuidaba Jesús García, un señor de unos 65 años que estaba casado con una joven de unos 17. Vivía también un matrimonio con críos pequeños y de visita se encontraba un primo de la mujer de Jesús de unos 18 años de edad.

La casa era de madera de una planta, humilde, con el tejado de palma. En el centro de la estancia, diáfana, había un fuego o más bien humo, que lo utilizaban para ahuyentar a los mosquitos. El ambiente era asfixiante, no pudiendo resistir mucho tiempo en su interior por la tos que nos generaba. Preferible la picadura del mosquito a morir ahogados por el humo.

Para agasajarnos, el hermano de Naxira dispuso que nos hicieran una cena típica venezolana: cachapas de maíz y tortuga. Para hacer la cachapa, Jesús cogió las mazorcas de maíz frescas y las desgranó, después las molió. Las cocinó en una torta de un espesor parecido a una fina tortilla de patata. No he vuelto a probar ninguna parecida, era espectacular. Cocinaba él, a su joven mujer



la mantenía fuera del fuego pues decía que el calor de las brasas evitaría le diese hijos.

La tortuga de tierra que utilizaban era la morrocoy -Chelonoidis carbonaria-. Las tenían vivas en un pequeño corral. Fue muy desagradable ver cómo las mataban, Fany lo fotografió, yo fui incapaz de verlo. En aquellas fechas no éramos muy conscientes de la problemática de estas tortugas de tierra, en peligro de extinción. También intentábamos integrarnos en su forma de vida sin cuestionar sus costumbres.

Después de la cena estuvimos charlando y los hombres bebiendo ron. El hermano de Naxira se despidió y se fue a su casa, nosotros nos quedamos allí a pasar la noche en nuestras hamacas.

La hamaca que nosotros usábamos (comprada en Puerto Ayacucho) era la denominada matrimonial (la tela de dos hamacas en una), en ella dormíamos Fany y yo acoplados el uno al otro.

A la mañana siguiente salimos a caballo con Jesús y el primo de su mujer, Pepe se quedó en la casa.

Pasamos la mañana recorriendo parte de la finca, tenía grandes charcas donde divisamos "babas" (caimán de anteojos -Caiman crocodilus-) y una mina de oro llamada "Limoncillo" que se encontraba en una charca poco profunda con aguas de color chocolate. En ella Jesús nos enseñó cómo bañar en un recipiente de madera de forma circular y con poca profundidad llamado batea: conseguimos sacar unas pepitas de oro que conservamos. Cuando las pepitas de oro son más grandes las llaman cochanos.

A la orilla de la charca había un árbol repleto de mangos, a su sombra Fany se puso las botas comiéndose los más maduros. En aquella época, ese tipo de fruta no era de mi devoción y no la comía, ahora es una de mis preferidas.

Fue una jornada maravillosa, cabalgando por aquellos parajes solitarios. Disfrutando de la paz y el sol.

Nos despedimos de los allí presentes y partimos. A Fany siempre le quedó el mal sabor de boca de no regalar a Jesús una camiseta que había comprado en un mercadillo, era azul con una estampación en su parte delantera de un jinete a caballo (todavía a día de hoy la conserva en su recuerdo). A Jesús le gustaba por verse identificado con el jinete. Estábamos escasos de ropa limpia y dársela hubiese supuesto tener que ponerse una de las sucias. Siempre se arrepintió.

Seguimos camino dirección al pueblo "El Dorado", bautizado con este nombre por estar rodeado de minas de oro. Lo primero que hicimos al llegar fue ir a un alojamiento situado en el pueblo, construido con una gran muralla en todo su perímetro y con grandes puertas de acceso para los carros (vehículos). En la puerta había una persona de seguridad que vigilaba todas las entradas y salidas. El complejo estaba formado por habitaciones independientes (adossadas unas a otras) zonas ajardinadas, una pequeña piscina y bares.

Una vez registrados en el hotel, Fany y yo quisimos dar una vuelta por el pueblo. Pepe nos advirtió del peligro de caminar solos, avisándonos

que a las 19:00 horas en punto cerraban la puerta de acceso del alojamiento y no las abrían bajo ningún concepto hasta la mañana siguiente. Ponía los pelos de punta pero con 28 años no teníamos miedo a casi nada, nos podía más la curiosidad.

Con ese aviso nos encaminamos a visitar el lugar.

Reconozco que iba un poco asustada, el sitio no invitaba. El Dorado es un pueblo semejante a los que vemos en las películas americanas de western, las calles sin asfaltar, con un polvo perpetuo en el ambiente, las casas semejantes a las del cine, no tan bonitas, y en sus puertas las estructuras para atar a los caballos. Los hombres llevaban cartucheras con revólveres, nada amistosos.

Hay que decir que Fany llevaba a su espalda, siempre, el macuto de fotografía con una cámara Hasselblad de 6x6 cm y una Nikon con sus objetivos. Ya sea por nuestra indumentaria (la ropa que llevábamos la habíamos comprado en un mercadillo de Puerto Ayacucho y era de la misma guisa que llevaban los de allí) o por nuestra naturalidad, el caso es que no llamábamos la atención.

A Fany, que nunca se siente intimidado por nada, le dio por sacar la cámara de medio formato dispuesto a hacer fotos. Yo pensaba que en cualquier momento nos iban a atracar como a otros viajeros españoles que habíamos conocido días antes. Nos habían contado sus experiencias en su viaje por Venezuela y cómo habían sido asaltados y robados hasta dejarles sin pantalones. Yo continuamente le insistía que guardase la cámara, que era el sitio idóneo para ser asaltados, robados y apaleados.



Sin nada de mención, salvo mi mente asustada, volvimos al hotel antes de su clausura. Esa noche escuchamos disparos y jaleo fuera del complejo hotelero. A la mañana siguiente todo estaba en calma.

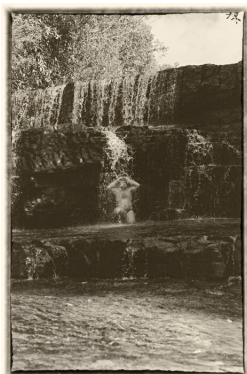
Siguiendo la carretera troncal 10, dirección a Santa Elena, paramos a visitar el Salto Aponwao o Chinak Merú que está pasado el pueblo de Las Claritas.

El nombre de este salto viene del río Aponwao del que se nutre. Esta cascada o salto de agua es asombrosa con sus 105 m de caída libre. Bajamos a una explanada, que se encuentra justo en la base donde se precipita el agua con gran estrépito y donde el ruido impresiona por su magnitud.

Proseguimos viaje para visitar otro salto de agua "Salto Kamá o Kamá Merú" con 50 m de caída y sin ser tan espectacular como el anterior tampoco deja indiferente por su belleza.

Visitamos el "Pozo Soroape", que son piscinas naturales del río que lleva su nombre.

Debido a que Pepe bebía en exceso, tanto cerveza como ron, Fany se ofreció en una ocasión a llevar el Toyota. Según lo cogió había que cruzar un puente de madera, estrecho y bastante deteriorado, se encaminó decidido. Casi nos precipitamos puente abajo, no era muy alto pero podíamos habernos hecho daño. A partir de entonces decidimos que Pepe siempre conduciría, era más seguro que lo llevase él aun con su tasa de alcohol elevada, pues estaba más acostumbrado a los malos caminos de Venezuela.



En época de lluvias, como en la que nos encontrábamos, las carreteras y caminos quedan muchas veces impracticables y era frecuente encontrarte coches atrapados por desprendimientos o corrimientos de tierras.

Antes de llegar a Santa Elena de Vairén, paramos en la "Quebrada de Jaspe" que es uno de los monumentos naturales de Venezuela. Su nombre viene de una piedra semi-preciosa llamada jaspe, de un color rojo muy intenso. Hay unas pequeñas cascadas que caen en unas escaleras naturales, donde te puedes colocar y dejar que el agua te masajee la espalda. El color rojo del suelo con el brillo que le da el agua, hace que el lugar sea muy bello.

Llegamos a Santa Elena y visitamos todas las joyerías que conocía Pepe, se propuso comprar a su mujer una esmeralda para calmar los ánimos a la vuelta.

Tantas tiendas de joyas visitamos que al final Fany quedó seducido por un cochano de oro de 24 quilates con la forma natural de Sudamérica y que me regaló como colgante. Nos costó 85 dólares. Desde este viaje, suele comprar alguna pequeña joya representativa del país al que viajamos que, una vez llegados a casa, me regala.

Pasamos la noche, a la mañana siguiente nos despedimos de Pepe y le pagamos por habernos hecho de guía. Le prometimos escribirle, a lo que nos dijo que él nunca respondía a las cartas pero que las nuestras serían bien recibidas. Así lo hicimos durante un tiempo, pero al no recibir respuesta nos fuimos enfriando y dejamos de hacerlo.



Partimos en autobús a Puerto Ordaz (605 Km desde donde estábamos), para desde allí coger un avión a Maiquetía (Caracas).

En Puerto Ordaz nos esperaba un primo de Naxira, al que previamente había llamado Pepe, el cual nos ofreció la casa que se estaba construyendo para que pasáramos esa noche. No recuerdo su nombre, pero sí que eran abogados tanto él como su mujer. La casa era una especie de chalet de una planta, muy pequeño, hecho de cemento gris (estaba en bruto) sin pintar, ni solar y que solo disponía de unos ganchos para colgar nuestra hamaca. Pasamos allí la noche y a la mañana siguiente, sin que nadie viniera, cerramos la puerta y nos marchamos al aeropuerto.

Día 18 de agosto, martes

Nuestro avión llegó por la tarde al aeropuerto Maiquetía (Caracas) y buscamos un medio de locomoción barato para trasladarnos a Chichiriviche (300 Km).

Coincidimos con dos chicas italianas, que viajaban solas, a nuestro mismo destino, así que hablamos con un taxista y después de acordar el precio lo compartimos con ellas.

Era de noche cuando llegamos a Chichiriviche, después de un viaje por carreteras llenas de curvas y con la conducción temeraria del taxista.

Una de las muchachas se alojaba en un recinto hotelero que consistía en pequeños chalets a las afueras del pueblo. Preguntamos si había alojamientos libres para quedarnos nosotros también, pero estaba



completo. En el pueblo había un hotel, Hotel Mario, en el que encontramos habitaciones los tres.

Al ir a pagar nuestra parte del taxi nos dimos cuenta de que no llevábamos dinero suelto, por lo que pagó nuestra parte la chica que se alojaba en nuestro mismo hotel. Quedamos en vernos al día siguiente en el hall a una hora determinada para pagarla, no se presentó y nunca la volvimos a ver.

El recinto era enorme, una edificación alta en un extremo del pueblo, con piscina, discoteca y bares. Un horror. Pero allí estuvimos alojados durante nuestra estancia.

Día 19 a 28 de agosto

A la mañana siguiente nos dimos una vuelta por el pueblo para recabar información de cómo llegar a los cayos (pequeñas islas), que era nuestro objetivo.

Chichiriviche era un pueblo costero sin atractivo y muy sucio. Sus calles de tierra, con casas destartaladas, bares y tiendas. Lo primero que nos sorprendió fueron los coches tuneados, en esas fechas no estábamos acostumbrados a verlos en España, eran como si pusiéramos las ruedas de un camión a un utilitario común.

Fuimos a la asociación de lancharos, donde nos explicaron el procedimiento de cómo contratar sus servicios. Consistía en decir a qué hora querías salir del embarcadero y a la hora en la que querías que te recogiesen del cayo para la vuelta. Nos informaron de qué llevar: hamaca, una pequeña nevera de corcho con hielo, bebida y comida. Había

una pequeña tienda de comestibles al lado, donde comprabas la bebida, el hielo y te preparaban los sándwiches cada día.

Al día siguiente, con todo el equipaje para nuestra visita al cayo, nos embarcamos en una pequeña lancha a motor junto con una pareja de extranjeros rubios y de piel extremadamente blanca. Recuerdo pensar en el peligro que corrían esas pieles con el sol tan abrasador del Mar Caribe.

Al dejar al balsero le dijimos la hora de recogida, las 5 de la tarde, pensé que ni en broma estaría a esa hora. Tengo que decir que me equivoqué, siempre cumplían el horario acordado.

Estar en una isla en mitad del Caribe, con muy pocas personas alrededor, a veces nadie, es una de las experiencias más maravillosa que he vivido.

Pasábamos las horas buceando, con unas gafas y un tubo para respirar, por unas aguas cristalinas con unos fondos impolutos de corales y multitud de peces exóticos.

Comíamos, bebíamos, todo fresquito por la nevera de corcho con hielo, y sesteábamos en nuestra hamaca a la sombra de las palmeras. Eso sí, el factor de protección solar que nos dábamos cada poco tiempo era de 50 y gracias a eso no nos quemamos en toda nuestra estancia en el mar.

Pasó el día, llegó la hora de la recogida. Como un clavo estaba el balsero a las 5:00 en punto y también los dos extranjeros rubios, pero sus pieles ya no eran blancas sino rojas. Nos quedamos

estupefactos, pensamos en que aquella noche difícilmente iban a poder dormir y que en los días posteriores les iba a ser un infierno estar en un lugar con un sol tan implacable.

Llegamos al hotel y ¡sorpresa! "teníamos una plaga de cucarachas en nuestra habitación". La cucaracha de Venezuela es pequeña y rubia, pero muy abundante. Fuimos a comprar un pulverizador mata-cucarachas y lo rociamos por toda la habitación. Tuvimos que salir pitando, ya sea por el producto en sí o por que nos pasamos echando, el caso es que si no llegamos a irnos los muertos hubiésemos sido nosotros. La verdad es que son muy resistentes y no conseguimos acabar con todas, pero por lo menos no teníamos la procesión anterior. Después de aquello, lo que hacíamos era fumigar bien la habitación cuando nos íbamos por la mañana y no volvíamos hasta la tarde.

Tras una ducha refrescante nos íbamos a dar una vuelta por el pueblo y a cenar, huíamos del hotel y sus discotecas.

Descubrimos a la orilla del mar un restaurante regentado por unos vascos. El pescado era fresco y sin condimentos, preparado a la brasa. En Venezuela les gusta condimentar mucho la comida, para los que procedemos de la dieta mediterránea se hace pesado.

El primer día que cenamos allí se me antojaron gambas y le pregunté al camarero que cuantas piezas venían en el plato. Me quedé decepcionada cuando me dijo que tres, al verme la cara me consoló diciéndome que quedaría satisfecha. La verdad es que sí, eran del tamaño de casi langostas. Todo



lo que comimos fue espectacular: el mero, el rape, todo era recién pescado.

Intentamos, en alguna ocasión, cenar en algún bar local, pero era tan mala la comida que terminamos por desistir y seguir yendo a los vascos. Lo curioso es que, tratándose de españoles como nosotros, al decirles que éramos de Madrid no conseguimos entablar conversación ninguna con ellos.

Por las mañanas nos levantábamos temprano. En la soledad y tranquilidad de esas horas, todavía no se habían levantado los huéspedes del hotel, supongo que por la resaca de la noche anterior, desayunábamos en el comedor. Yo bajaba antes, a Fany siempre le costaba levantarse, y me pedía un café. Una mañana, mientras esperaba a que bajara el dormilón, observé que había un señor de unos 60 años que me miraba con curiosidad. Al darse cuenta que me estaba haciendo sentir incómoda, se acercó y se presentó como el dueño del complejo. Era italiano. A partir de entonces, todas las mañanas tomábamos café juntos hasta que bajaba Fany. No recuerdo de qué hablábamos, pero era muy amable.

En una ocasión buceando, sentí un pánico nunca experimentado: estábamos nadando persiguiendo a un pez cuando de repente debajo de nosotros solo vimos oscuridad. Era un cortado, no sé de qué profundidad, que te hacía sentir estar en mitad del océano. Dimos la vuelta, regresando a aguas menos profundas y más seguras.

Otro día, estando en uno de los cayos, vimos a una pareja que habían atracado su lancha cerca de la playa y que se encontraban paseando con un



gato. En un principio pensamos que se trataba de un perro, pues jugaba con las olas de la orilla. Estábamos todavía perplejos, cuando vimos a un pelicano lanzarse a toda velocidad hacía el animal y si no llega a ser por los reflejos de la dueña, se lo hubiese llevado. Nos comentaron que al gato le gustaba lanzarse desde el barco al agua y nadar. Si no lo veo, no lo creo.

Nuestro día a día era proveernos de víveres y embarcarnos a los diferentes cayos de la zona: Cayo Peraza, Sal, Muerto, Sombrero y Borracho. Estos son los que visitamos, aunque no recuerdo el orden. Después regreso al hotel, paseo, cena y dormir. Puede parecer monótono pero en absoluto, cada día era una nueva experiencia y un descubrimiento nuevo.

Día 28 de agosto, viernes

Después de pagar el hotel, buscamos un medio de transporte económico que nos llevara de vuelta al aeropuerto de Maiquetía para regresar a España. Fany andaba por la entrada del hotel preguntando a unos y a otros si nos podían llevar y cuánto costaba. Había una furgoneta pequeña negra de unos 8 asientos, preguntó al conductor si nos llevaría. Tras dudarlo en un primer momento y tras acordar un precio, nos introdujo en el coche. Pensamos que era un vehículo para pasajeros del hotel, que hubiesen contratado el traslado, pero como fuese nos llevó al aeropuerto de estranjis embolsándose un dinero extra. A nosotros nos salió desde luego muy barato.

Llegamos al aeropuerto. La señora venezolana del principio del viaje, nos había pedido que a nuestro regreso nos pusiésemos en contacto para entregarnos un paquete para dárselo a su hija de



Madrid. Así lo hicimos. Mientras la esperábamos, nos asaltaron dudas sobre lo que podría contener el paquete, por lo que decidimos no esperar más y pasar los controles de seguridad.

En dichos controles había un despliegue policial fuera de lo común, militares con fusiles haciéndonos el pasillo a los pasajeros. Nos hicieron abrir el equipaje, revisando todas nuestras pertenencias. Fany les preguntó si sucedía algo y una militar con cara de pocos amigos le respondió que no era de su incumbencia. Una vez pasado el control, respiramos aliviados de no haber cogido el paquete de la señora.

Salimos de Maiquetía un viernes 28 de agosto de 1992 a las 17:20 horas y llegamos a Madrid el 29 de agosto a las 8:10 horas.

Repasando todo lo que he ido contando, tengo la percepción de haberme quedado con los recuerdos de aventuras, dificultades y miedos. Pero mi sensación es de habérmelo pasado muy bien, no como episodios desagradables. Para mí, fue un viaje estupendo que siempre recordaré con mucho cariño.

No sé si sería por ser nuestro primer viaje a otro continente, la edad, las vivencias,... sea como fuere, se nos hizo largo y esa sensación de que el tiempo pasa despacio, a día de hoy, no me ha vuelto a suceder. De hecho, siempre pensamos que en ese viaje habíamos estado un mes y medio, cuando en realidad fue solo un mes.

Escrito en el mes de junio de 2018



CUADERNO DE MEMORIA

Prefacio

Este pequeño cuaderno surge de una primera lectura del diario de viaje que Gloria, mi compañera desde 1979, cuando teníamos 15 años, hace del deambular venezolano que realizamos en agosto de 1992.

Es un placer poder leer su prosa llana y sincera de aquel periplo, y poder ver que pasado el tiempo, aquello que nos unió hace ya 39 años sigue vigente y fresco, relatando y dando importancia a lo mismo que hoy en día nos mantiene unidos, y que podría definir sin temor a equivocarme, como una complicidad en la que casi siempre sobran las palabras, son los gestos y las miradas los que en silencio marcan el camino.

Por mi parte en este texto, voy a relatar el por qué de este trabajo ahora y no antes, ordenando de manera anárquicamente cronológica mi memoria, sumando el saber actual que con los años he adquirido del territorio. Siempre he pensado que los viajes nunca terminan, se modulan cambiando con el tiempo, siendo las vivencias licuadas con las ensoñaciones, quienes dan esa perspectiva a nuestro ser, no sabiendo donde terminan unas o empiezan las otras, pero ¿qué son los recuerdos sino un todo de nosotros mismos?

Por qué ahora y no antes

Cuando volvimos de Venezuela con todas nuestras vivencias a flor de piel, lo primero que hice fue revelar los rollos, la sorpresa fue mayúscula al comprobar que los negativos realizados en pequeño formato estaban en muy mal estado, hasta el punto de plantearme el deshacerme de ellos, cosa que afortunadamente no sucedió. "La Nikon electrónica falló con la humedad", por otra parte los negativos de medio formato realizados con la Hasselblad estaban perfectos, "los de color los reveló un laboratorio de confianza y los de B/N los procesé yo". En la actualidad conservo y sigo trabajando diariamente con mi cámara de medio formato sin ningún contratiempo.

Por aquel entonces encargué que me hicieran algunas ampliaciones a partir de los negativos de color, reservando los de B/N para positivarlos yo mismo, y dando por perdidos los negativos realizados en 35 mm.

El tiempo pasó entre los encargos profesionales y los viajes posteriores, mientras los negativos dormían, "nunca positivé el B/N". Fue en 2017, pasados ya 25 años, cuando digitalicé con un sistema propio en alta resolución todo el trabajo venezolano, he de confesar por no faltar a la verdad que lo que vi me desconcertó: los encuadres, la luz y el mensaje eran los mismos que hago en la actualidad, no sabía cómo interpretar aquello, ¿no había evolucionado?, si es cierto que en ese tiempo sin duda había crecido como profesional, pero ¿y mi trabajo personal?, me puse a digitalizar gran parte de mis imágenes primarias para poder compararlas, y visualicé también muchas actuales, descubriendo

que mi mirada en esencia no había cambiado, seguía buscando lo mismo, una y otra vez... Me abrumó esa búsqueda sin descanso, casi obsesiva. Entonces supe que era el momento de regresar, volver para descubrir lo evidente, lo que sucedió, lo que sucede, aceptar la verdad. Hacer una selección de aquel viaje era ya una necesidad, incluí aquellas de 35 mm que di por perdidas y que ahora adquirirían un carácter casi bíblico; mostrando el alma del momento. Empecé a positivar sobre papel y me di cuenta de que debía de respetar los encuadres originales, fue entonces cuando comprobé que aquellas imágenes se llenaban de un nuevo significado, renacían haciéndose actuales, siendo sin duda la esencia de la búsqueda que hoy continúa. Cerré los ojos y nació Venezuela 1992.

Venezuela 1992

Nuestros viajes por entonces y ahora, siempre tienen un pilar en común, no nos gusta saber ni planificar todo, dónde vamos a dormir, cual es el mejor lugar, qué no podemos dejar de ver, o simplemente qué hacer o comer... todo sucede de manera natural y ciertamente improvisada, si subimos o bajamos, si nos quedamos o cogemos este último avión, barco, tren, autobús o simplemente nos ponemos a conducir o comenzamos a caminar.

Como dice Gloria en su diario todo empezó hablando con nuestro amigo Chus, de profesión bombero y nómada por naturaleza, nos encandiló con su relato y decidimos que iríamos a conocer Venezuela, nos gastamos casi todos los ahorros en dos billetes al continente americano, el resto de dinero en efectivo lo debíamos administrar para sobrevivir en aquel país.



Recuerdo el vuelo de ida en la aerolínea TAB lindando con la zona de fumadores y las mini botellas de vino de rioja.

Gloria retrata muy bien la tarde noche en la capital venezolana, todavía recuerdo el sabor de la fruta molida, con agua y hielo del lugar.

Al día siguiente cuando volvimos al aeropuerto, vimos una pequeña agencia de viajes local, que se dedicaba a organizar los desplazamientos necesarios para visitar el Salto del Ángel, el precio era muy alto y no nos lo podíamos permitir, así que siguiendo nuestro primer plan volamos a Puerto Ayacucho. La vista desde el avión de hélices bimotor sobrecogía, pequeños y grandes cauces de agua se retorcían como un hatillo de hilos en un bolsillo, la llanura verde lo ocupaba todo hasta el infinito, eran las tierras de los Llanos Venezolanos, donde Félix Rodríguez de la Fuente "en la hacienda Hato del Frío", rodó parte de su serie televisiva "El Hombre y la Tierra", rescatando a los chigüires, babas, tortugas y anacondas del abrazo de la sequía y el mortal azote del sol.

Recuerdo vivamente la sensación de calor y humedad al aterrizar en este pueblo ribereño de triángulo fronterizo, situado entre la selva del alto Orinoco, los Llanos y Colombia. La ropa se pegaba al cuerpo empapada de sudor, el lugar parecía sacado de una novela, las calles rojas de tierra molida, encharcadas en sus márgenes y polvorientas en el resto, las gentes junto con perros, gatos y gallinas deambulando como transeúntes de una gran ciudad, donde nadie conoce a nadie, los coches y camiones destartados se



paraban en cualquier lado y todos los demás entes en movimiento se limitaban a bordearlos, había tiendas de abastos enrejadas en sus puertas y ventanas, donde se vendía de todo, desde un caucho reparado a ropa, comida o frigoríficos usados.

Encontrar a Pepe fue fácil, cogimos un "carro" en el que su propietario hacía de taxista, amontonados en aquel habitáculo el chófer paraba a todo el mundo que lo solicitaba y dando rodeos dejaba a todos en las proximidades de sus destinos. Pepe era, y espero que siga siendo, un tipo curioso, denotaba la proximidad de su genética andaluza y cierta distancia ante un pasado incierto, la forma y el ritmo de este pueblo le sentaban como un guante. No recuerdo donde le encontramos pero al momento nos llevó a su casa, allí le dimos una botella de vino que nos dio Chus, "siempre pensé que fueron dos, pero no lo creo, nuestro equipaje era muy exiguo", y allí sentados en el pequeño patio nos contó sus correrías con mi amigo y su por entonces mujer, Yolanda. La idea de salir del pueblo por unos días le fascinó, pero eran muchas las cuestiones que debía de resolver, sobre todo las familiares, "a su mujer no le parecía buena idea".

Y uniéndome al relato de Gloria decidimos conocer por unos días el alto Orinoco.

En la pequeña agencia de viajes del pueblo nos propusieron dos rutas, la primera conocer a los indios Yanomamis también conocidos como -Ye'kuana o Waikas-, esta visita era ya por aquel entonces muy restringida y debíamos esperar algo más de una semana para emprenderla; la otra, más accesible y que podíamos organizar para dentro de un par de

días, consistía en adentrarnos en la selva del alto Orinoco, hasta un poblado de indios Piaróas, conocidos en su lengua nativa como -De'aruwa-, y decidimos optar por la segunda. En los dos días que pasamos en Puerto Ayacucho visitamos los alrededores y conocimos a un joven como nosotros, estaba buscando compañía para montar una pequeña expedición al brazo Casiquiare (defluente fluvial de 326 Km de longitud y 32 metros de desnivel entre las cuencas Orinoco Amazonas. Fue "descubierto" por el misionero Manuel Román en 1744 y reconocido por la real expedición del Orinoco en 1775, para más tarde ser ratificado por Alexander Von Humboldt en 1800, pero sin duda utilizado mucho antes por los indígenas), nunca supe si su aventura tuvo buen fin...

También cruzamos el gran río en embarcaciones locales hasta Colombia, la corriente era increíble, aparentemente parecía una gran balsa, pero sus aguas arrastraban todo tipo de materia a gran velocidad y allí, en un mercado local, compramos una bolsa de piel con forma de maleta, que nos serviría para guardar todo lo que fuéramos comprando, pues como bien hicimos caso a nuestro amigo consejero en Madrid, en este viaje no necesitaríamos nada, todo lo compraríamos de manera local, así que la ropa puesta y otra de recambio, como diría Pepe, utilizando sus dos palabras favoritas: "más nada".

La salida de Puerto Ayacucho hacia el alto Orinoco la hicimos en una pequeña embarcación de madera impulsada a motor, en ella se transportaban todo tipo de mercancías. Esta parte Gloria no la recuerda, pero en su relato describe con maravillosa

precisión nuestra incursión a estas tierras desde la llegada al primer campamento.

Este primer tramo lo recuerdo rápido, los troncos derribados de los árboles navegaban río abajo y nuestro barquero muy serio y atento no dejaba de mirar al frente, el ruido monótono y el olor a gasolina del motor fuera borda nos acompañaba sin descanso, paramos en una isla de gran tamaño llamada Ratón, junto a la confluencia con el caño Sipapo (en Venezuela a los ríos menores, parecidos en caudal a nuestro río Ebro, se les llama caños), allí vivía un misionero del que no recuerdo su nombre, el barquero descargó unas mercancías y nosotros aprovechamos para caminar y conocer un poco esta zona, en la que había caballos y vacas, nunca supe cómo llegaron hasta allí, imagino que de muy jóvenes o quizá fueran sus descendientes.

La barca continuó caño arriba por el Sipapo, separándonos del Orinoco unos 20 Km, para una vez allí continuar por una nueva confluencia y un caño más pequeño llamado Cuao 35 km más, hasta llegar al Raudal del Danto, donde las aguas se precipitan en una suerte de rápidos, donde es imposible franquearlo en ningún tipo de embarcación.

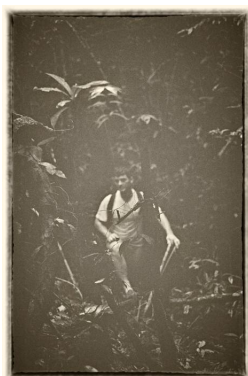
La continuación del relato que sigue convive en paralelo con el de Gloria y es en su esencia, sin lugar a dudas, una de las veces que más claramente he visto que la vida se terminaba, y en la distancia que marca el tiempo parece que sucedió hace tan solo unos minutos.

La mañana despertó fresca y húmeda, los chinchorros (en su correcta descripción el chinchorro es



una hamaca confeccionada con fibras naturales de Moriche -Mauritia flexuosa-, siendo esta una palmera que utilizan los indígenas para elaborar diferentes utensilios y cuerdas, yo por mi parte y siempre equivocado en su definición, llamaba y llamo así a las hamacas de tela que son utilizadas con el mismo fin) aparecían deformados por el peso de nuestros cuerpos. Recuerdo sordamente el ruido del agua al precipitarse por los rápidos y golpear entre las piedras. Nos estibarón en unas curiaras monóxidas (pequeñas embarcaciones de una sola pieza que realizan vaciando un tronco de árbol a fuego y hacha, e impulsadas por un pequeño motor fuera borda), yo me senté en la popa mirando aguas abajo, la línea de flotación sobresalía apenas unos centímetros y con un golpe de brazo el barquero arrancó el motor, la curiara parecía tomar vida, la fuerza del motor levantaba la proa y evitaba el bamboleo de nuestros cuerpos, mientras el agua rozaba el borde de la embarcación, en un segundo estábamos remontando el caño por su parte central, y de pronto el motor se paró...

Resulta difícil describir la velocidad con que esta pequeña embarcación se precipitaba aguas abajo al cesar su impulso mecánico, la sensación se puede comparar a la que sucede cuando te montas en las sillas colgantes de las antiguas atracciones de feria, la espalda del que te precede parece no moverse pero cuando miras hacia el exterior te das cuenta de que te desplazas a una velocidad vertiginosa. Parece extraño pero no recuerdo la cara del barquero, si su expresión desencajada, su brazo no hacía más que tirar de aquella cuerda que no conseguía arrancar el motor de nuevo, toqueteaba diferentes engranajes y volvía a tirar de



aquella cuerda, provocando solo emitir un ruido ahogado, las orillas del caño parecían juntarse un poco más adelante, justo donde un ruido horrísono confluía con mi perspectiva. Gloria, que iba sentada mirando a proa, me preguntaba sin cesar qué pasaba y yo de la misma manera la contestaba ;no mires; ;no mires;, entonces en lo que a mí me pareció una fracción de segundo dejé de ver el agua, ya todo era ruido..., en ese momento un último golpe de brazo logró arrancar el motor, el ruido de la hélice era sordo, como vacío, quizá porque la hélice ya comenzaba a emerger, siempre he pensado que el motor arrancó en la última milésima de segundo, justo antes de caer en los rápidos y que gracias a la pericia del barquero ahora tengo un hijo y estoy escribiendo este relato. Más tarde Lucho, nuestro guía, nos dijo que nunca más se embarcaría tan cerca del Raudal del Danto. Y nuestro viaje, como si nada hubiera pasado, continuó.

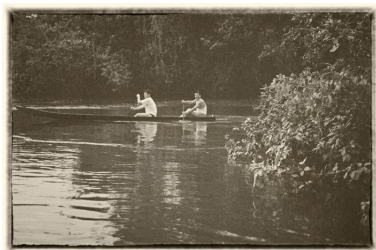
Una vez llegados a nuestro destino, un pequeño remanso y embarcadero natural que aparecía inundado debido al periodo monzónico, descargamos todas nuestras cosas y comenzamos a caminar. Recuerdo que Gloria llevaba unas zapatillas muy sencillas y yo unas alpargatas de esparto que al instante se deformaron con el agua; caminábamos entre la foresta abriéndonos paso en ocasiones a base de machetazos, pisaras donde pisaras te escurrías, la vegetación en putrefacción junto con el agua hacían del caminar una verdadera peripecia ya que la tierra no se veía, salvo en algunas zonas centrales de los arroyos, y así entre patinazos y risas llegamos al poblado de los indios Piaroas.



La buena memoria de mi compañera y sus siempre agradecidas notas, hacen que al cabo del tiempo ponga nombre a las caras que recuerdo vivamente.

Gloria es un imán para los niños, esté donde esté siempre se acercan y se sientan a su lado, ella siempre les corresponde con lo que más les gusta, atención. Yo por mi parte me dediqué a deambular por el poblado. En una pequeña cabaña había unos chiquillos en la entrada, casi nunca hago fotografías a personas sin conocerlas, siento que invado un espacio al que no se me ha invitado, creándose una mutua sensación que nos distancia, y eso es precisamente de lo que huyo siempre, pero en esta ocasión hice dos disparos, la expresión de aquellos niños la recuerdo vivamente, qué será de ellos, me encantaría poder regalarles su retrato...

Después de recorrer el poblado y sus alrededores haciendo fotografías volví donde estaban todos, aquello era como una fiesta, las madres de los chiquillos curiosas reían. No sé como Lucho y yo terminamos en una "curiara" remando por el Cuao, supongo que fui yo quien le dijo que podíamos darnos una vuelta, lo que si sé es que me preguntó "¿has montado alguna vez en piragua?", a lo que yo sin titubear y creyéndomelo le dije que sí. La sensación de estar flotando dentro de un tronco de árbol, escuchando el roce del agua contra la madera del casco y el chapoteo de los remos, es difícil de describir pero muy fácil de sentir, las ramas de los árboles acariciaban el agua, todo el entorno era y es uno, fue entonces cuando debido a un movimiento no acompasado de nuestros cuerpos la pequeña embarcación volcó, pasamos de la sensación más apacible y serena a



la más activa e insólita, al principio no le di demasiada importancia hasta que me di cuenta de que no iba a ser tan fácil ganar la orilla. Como dos perros chapoteando logramos alcanzar unas ramas suspendidas de la orilla izquierda (afortunadamente la misma que donde estaba el poblado), éstas parecían estar quietas pero al agarrarnos a ellas nos dimos cuenta de la gran corriente que llevaba el río, nuestros cuerpos pendían de ellas como sábanas tendidas en una azotea agitadas por el viento, con un gran esfuerzo y mucha suerte de que no se rompieran pudimos gatear por ellas hasta su nacimiento en el árbol, no recuerdo las palabras pero si la cara de Lucho expresando el agotamiento y la nueva fortuna del momento.

Empapados nos dispusimos a regresar al poblado, apartando con las manos y el cuerpo toda suerte de ramas, bejucos y grandes hojas, aquello era como un muro verde, entonces sucedió... en una de las grandes hojas que apartábamos para avanzar había una colonia de hormigas -chispitas-, es imposible describir la sensación que provoca la mordedura de este diminuto insecto, equiparar este dolor a algo conocido es complejo y no se me ocurre más que una sensación no experimentada, la de clavarte decenas de finísimas agujas al rojo vivo, el dolor extraordinariamente no se extiende, incide en ese micro espacio sin aparente consuelo. Como cualquier animal atacado por sorpresa salimos corriendo, el muro vegetal ya no era problema, con las manos en la cara para proteger los ojos atravesábamos la parte de selva que nos separaba del poblado y al llegar a este nos arrojamos a un remanso del río, el quemazón fue poco a poco mitigándose y por fortuna también poco a poco recobramos el aliento.



Releyendo la fascinante y detallada descripción que hace Gloria en su relato hago míos sus recuerdos, existiendo una laguna en mi cerebro de la cena, el famélico perro y los momentos posteriores, salvo la visita al cementerio Piaroa con su paisaje pétreo y verde, y la lluvia monzónica que nos alcanzó y por fortuna pude fotografiar, también recuerdo al chamán del poblado que nos invitó a esnifar Yopo -Yú,w,a- para iniciarnos en un viaje astral, y que yo haciendo caso a Gloria no lo probé. Lo que si hice fue comer mañoco -Măñăcú- (harina tostada procedente de la yuca amarga), contando la tradición que todo aquel que come este tubérculo tostado vuelve a donde lo probó, seguro que es cierto.

La verdad es que en estos momentos y releiendo este texto que escribo para darle una forma secuencial parece un relato de aventuras, nada más lejos de mi intención, si comprendo que este viaje como casi todos los que hacemos tiene mucho de lo que hoy mal se denomina aventura, tengo que recordar que viajamos en avión y barcas impulsadas a motor, lejos de los buques a vela y las expediciones a pie, machete en mano, que se hacían antaño por estos lugares.

Retomando el relato salimos por la mañana al que yo siempre pensé que era el cerro Autana, pero realmente era el cerro Cuao, el avance fue lento debido a las lluvias, llegamos a un pequeño techado de palmas y allí pasamos la noche. En esta travesía nos acompañaba un indígena con fusil, debido a que hacía unos días un jaguar o un puma había atacado a un ribereño. Ya caída la tarde nos acomodamos en nuestros chinchorros debidamente



cubiertos con una fina mosquitera, recuerdo la gran humedad que traspasaba la tela de algodón de nuestras camas colgantes, Gloria y yo dormíamos juntos en una suerte de posiciones antropomorfas, adaptándonos a nuestras anatomías, cuando entrada la noche me levanté a hacer pis (alejándome de las palabras eruditas o malsonantes para realizar esta acción) me puse frente a la oscuridad de la selva, los sonidos de los insectos y aves nocturnas junto con el gorgoteo de la lluvia sobre las hojas los tengo improntados vivamente en mi memoria, fue entonces cuando en aquella oscuridad vi unos ojos de gato enormes, iguales a los de los dibujos animados de Disney, de color amarillo oro, pensé que estaba soñando, pero doy fe a sabiendas de que no me equivoco de que estaba allí, creo que no salió ni una sola gota de mi cuerpo, retrocedí sin dar la vuelta y me volví a meter en aquel refugio de tela que pendía del suelo unos centímetros... más tarde amaneció.

La selva estaba chorreante, el camino muy ascendente para ver el cerro Cuao estaba casi impracticable, por lo que solo el nativo con el arma y yo decidimos subir por aquel barrizal, al contrario de la pasada tarde. El avance fue muy lento dando dos pasos y retrocediendo en el mejor de los casos uno, al final llegamos a un pequeño claro entre la vegetación y a lo lejos apareció el cerro sagrado de los indios Piaroas, saque mi cámara de 6x6 e hice una toma.

La vuelta hacia Puerto Ayacucho la recuerdo rápida y no tuvimos contratiempos, yo pasé parte del retorno royendo el fruto rojo y tamaño de una cereza del -Moriche-.

Ya en el pueblo ribereño retomamos el contacto con Pepe, y después de una incertidumbre de planes emprendimos viaje hacia la Gran Sabana, no sin antes pasar un par de días en los que yo quería comprar entre otras cosas un chinchorro matrimonial. Terminamos en el patio de la cárcel del pueblo, negociando la compra de uno de ellos, según Pepe los mejores chinchorros los hacen los presos. A mí no me gustaron, tenían muchos colores, incluso había uno negro horroroso combinado con otro color muy vivo que no recuerdo, les dije a los presos que no me gustaban nada y ellos chupando unas bolsas de plástico, rellenas de un hielo coloreado con sabor a frutas insistían en vendernos su mercancía, Gloria estaba intimidada y Pepe me sugirió que comprara algo aunque luego lo revendiera o tirara, yo no le hice caso y nos fuimos de allí por la misma puerta que entramos, vigilada por militares armados. Más tarde compraríamos en la "Casa de los Pobres" un chinchorro doble, el más sencillo que tenían, precioso, de algodón blanco, con una fina línea roja y una estrecha banda amarilla, junto con sus -cabulleras- amarillas para -guindarlo- a los postes y árboles. En un pequeño comercio indígena también compramos uno original de fibras de moriche (del primero conservo algo de tejido, porque murió a manos y pies de mi hijo y el segundo sin casi uso, conserva todavía su olor a fibras vegetales), algo de cerámica, unas máscaras y un par de telas Naif pintadas al óleo. Y después de una incertidumbre de planes, emprendimos viaje hacia la Gran Sabana.

Como ya he adelantado, Pepe era un tipo muy peculiar, improvisaba todo mientras en el maletero de su Toyota, la gran nevera Coleman (con un grifo

de desagüe), albergara un par de cajas de cerveza "La Polar" navegando entre bloques de hielo, para Pepe el agua solo servía para lavarse, la prioridad diaria era echar aceite y gasolina al motor casi a partes iguales y por supuesto buscar más cerveza junto con alguna Pepsicola, el agua embotellada era muy difícil encontrar.

El viaje transcurrió según el guion que relata Gloria; poco que añadir al respecto, salvo la sorpresa de ver como los niños y ancianos que caminaban con sacos al hombro por el borde de la pequeña pista desaparecían al pasar nuestro vehículo, yo le pregunté a nuestro nuevo amigo a qué era debido y con toda naturalidad me contestó que había algunos vehículos, aparte de los acorazados que transportan el oro de las minas (que ni repostan ni se detienen ante nada), que se dedicaban a atropellar a los viandantes que recogen las latas de cervezas que todo el mundo "bota por la ventanilla de su carro".

El paisaje de la gran sabana sobrecoge, la sensación de amplitud es abrumadora, ahora la puedo comparar con los llanos del Serengeti, aunque geológica y botánicamente son muy diferentes. La vista desde lo alto se funde en la lejanía, casi parece curvarse, las majestuosas palmeras parecen pequeños arbustos y los helechos en su cercanía dan fe de sus predecesores jurásicos, todo es enorme y primigenio.

Los lugareños con los que convivimos en el transcurso de los días eran sencillos y acogedores, les gustaba estar con gente nueva, no recuerdo que nos preguntaran por nuestro modo de vida o costumbres, al rato de estar con nosotros se limitaban a



compartir lo poco que tenían y eso es algo que deberíamos de aprender. Por nuestra parte siempre procurábamos llevar algo de comida junto con algún botellón de ron "Santa Teresa" para los hombres. Como relata mi compañera, los niños y los animales, dos palabras que rompen mi alma, eran los más carentes de todo.

El periplo continuaba en el incombustible Toyota, Pepe era inagotable, ahora y con el mapa en la mano nos damos cuenta del enorme recorrido que hicimos, llegando hasta la frontera con Brasil.

Es muy difícil sumar más sensaciones de las que ya ha relatado mi siempre compañera por estas tierras de sabanas y cascadas, como ya he contado, todo es de tal magnitud que además de sorprender si paras un momento y piensas en ello, abruma.

Recuerdo, sumándome a su relato, el día a caballo con Jesús García, jinete y sabanero, guardián de una enorme finca en estas tierras. Jesús tenía una mina de dónde sacaba pequeñas cantidades de oro, que vendía para completar su jornal, estaba al pie de un enorme mango, en el que sus frutos más maduros estaban por el suelo, nuestro jinete sabanero lo llamó árbol del pollo, pues decía que un mango alimentaba tanto como un ave de su tamaño, he de decir en honor a la verdad que yo aquel día recolecté todos los frutos maduros que encontré en el suelo y me los comí, no recordando ninguna indigestión pero si su delicioso sabor. Jesús bateaba la tierra junto al mineral en una charca cercana, mientras yo le hacía fotografías, después cogí pico y pala y lo ayudé, él me enseñó a batear, y cual fue mi sorpresa cuando en el



fondo de aquel plato de madera brillaban pequeños fragmentos de mineral dorado, yo me quedé con ellos y a cambio yo no le di mi camiseta.

El día transcurrió a la sombra de un árbol ribereño, sesteando y viendo los pequeños ojos de las babas emerger de un agua más que turbia.

Siempre he pensado que fue al final de esta jornada a caballo cuando Jesús el llanero nos preparó al atardecer unas cachapas, de las que Gloria recuerda su sabor inigualable y yo corroboro este hecho, junto con carne de tortuga, todo ello asado en un horno improvisado de chapas superpuestas rodeado de brasas, hoy pasados ya veintiséis años, la infalible memoria de Gloria corrige esa tarde por la noche anterior, pero lo que no cambian son las vivencias y el dolor de aquellos animales que en su silencio murieron para agasajarnos a nosotros. Para nuestros anfitriones ese día fue una fiesta y así lo he de recordar.

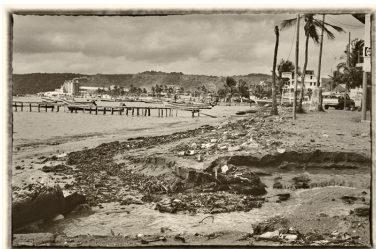
La sucesión de cascadas y quebradas hasta la frontera brasileña es desgranada por Gloria con maestría descriptiva, sorprendiéndome la cantidad de detalles en los que incide su relato. Recordando al igual que ella el pueblo del Dorado con sus gentes revolver en cinto, la ciudad fronteriza del estado Bolívar Santa Elena de Uairén y la prematura despedida de Pepe, al saber que sólo había un vuelo semanal a la capital del país. Al día siguiente partimos hacia Puerto Ordaz, en un viaje en autobús que duró toda la jornada y del que yo nada recuerdo, allí pasamos la noche en una casa a medio construir de un familiar de Naxira, y a la mañana cogimos un avión a Maiquetía.



Siempre me queda un sabor amargo cuando me voy de un sitio prematuramente, aunque sea feo y no me guste, salgo de donde esté con cualquier excusa y vuelvo a mirar el paisaje, bebo de la fuente o acaricio ese árbol cercano, pero en este caso fue peor, la información que teníamos para continuar hacia el parque nacional de Morrocoy en el caribe venezolano por tierra era tremenda, calculábamos una semana o más de viaje y el avión era una opción que ni tan siquiera nos habíamos planteado, creo que Pepe muy a su pesar nos animó a ello, incluso llamó a sus familiares para que nos recogieran en la terminal de autobuses, el caso es que, como digo, no recuerdo nada de este trayecto, pero si la mirada de Pepe al despedirnos de él.

La llegada a Maiquetía fue desconcertante, después del anárquico y maravilloso viaje que llevábamos a las espaldas, el bullicio del aeropuerto era tremendo. No sé ni cómo ni cuándo conocimos a unas chicas italianas que tenían el mismo destino que nosotros, Morrocoy, y en concreto para ellas Chichiriviche, rumbo que hicimos también nuestro. Imagino ahora en la distancia del tiempo, la situación de estar por ejemplo en las salas de espera del aeropuerto madrileño Adolfo Suarez Madrid-Barajas y preguntar si alguien tiene intención de ir a la Albufera de Valencia en taxi, "pongo este ejemplo por la distancia y el singular lugar en cuestión", y no sé muy bien como alguien dice que sí, que podemos acordarlo con el conductor y que nos lleve allí a todos, parece y es surrealista, pero así sucedió.

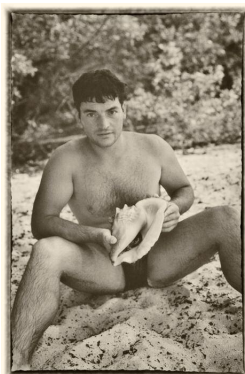
Gloria dulcifica en su relato el estado del pueblo en cuestión; al verlo pensamos "vaya patinazo", los



márgenes del agua marina, "no se la puede llamar playa", estaban sembrados de chatarra, plásticos y restos de comida de todo tipo, en algunos corros aparecían pequeñas fogatas quemando aquella amalgama de elementos, las gallinas picoteaban el suelo y el desorden era caótico, ni tan siquiera comparable a los cercanos vertederos de las playas cubanas para cubanos. Pasamos el día recorriendo la zona en autobús y visitando algunos parajes ya apartados de la población, mucho más atractivos, por la tarde volvimos al pueblo para comprar un par de gafas azules y rojas "Memrod" para bucear, ron "Diplomático", vino blanco chileno y una pequeña nevera de corcho blanco.

Al día siguiente, y volviendo a compartir el relato de Gloria, cogimos una pequeña lancha que nos llevó a un cayo, toda descripción es poca: el ayer parecía una pesadilla y el hoy un sueño. Por la tarde y después de nuestras aventuras en la habitación del hotel con los -cerambícidos-, como bien dice mi consorte salimos a cenar... lo que no entendíamos y ahora sí creemos saber, es el porqué de aquel estupendo sitio para comer, ubicado en aquel desastroso lugar, creemos que se trataba de simpatizantes o miembros de la izquierda vasca más radical que montaron allí un negocio. La verdad es que no hablaban con nosotros, sabían que éramos españoles y nosotros ignorantes de aquello cenábamos todas las noches un estupendo pescado, "la ignorancia a veces puede ser un buen aliado".

Los días se sucedían encadenando sensaciones, nuevos cayos, fragatas en cortejo inflando sus buches rojos carmín, corocoras carmesí entre los manglares, mil peces de diferentes formas y



colores rodeando nuestros cuerpos y recordando a los documentales de Jacques-Yves Cousteau, vino, ron y descanso bajo las palmeras, allí nació el deseo de Gloria incuestionablemente biológico de tener un hijo, que nació catorce meses después.

La vuelta, como todas, fue traumática: en el avión estrenaban la película los "Últimos días del Edén" con Sean Connery & Lorraine Bracco y eso fue la puntilla, menos mal que como a la ida había vino de rioja.

Creo que fue un sábado a la mañana temprano cuando aterrizamos en Madrid y llegar a casa todo fue uno, no teníamos nada en la nevera que habíamos desconectado previamente, entonces pensé en comprar algo en un lugar cercano y un hipermercado fue la elección, sin dudarlo allí me dirigí, cogí un carro y empecé a comprar un poco de cada cosa, en un instante noté que me estaba poniendo malo y no maxifico ni dulcifico esta cuestión, me faltaba el aire y todo el cuerpo me empezó a temblar: dejé el carro cargado con todo lo que había cogido y salí de aquel lugar.

Junio de 2018

Desarrollo / Materiales

Continente

Armazón de cofre. Dimensiones: 64,5x69,5x14 cm. Construido en pulpa de madera prensada de 3 – 5 – 7 mm. Espigada con bambú y adhesivo. Herrajes metálicos para su apertura y remates.

Tapizado. Tela de satén.

Tipografía. Romana en latón fundido.

Obra fotográfica enmarcada. En Formato y negativo fotográfico 6x6 cm. Estampada a 10 tintas *Ultracrome* sobre papel barbado de algodón *Hot press natural* de 300 g, en formato 18x19,5 cm, acuñando un golpe seco. Rubricada a grafito por el autor, definiendo su nomenclatura *S.L.A.*, fecha y firma.

Elementos: Pepitas de oro y muestra de tejido del chinchorro, descritos en el Diario de viaje & Cuaderno de memoria.

Contenido

Diario de viaje / Cuaderno de memoria

Formato. 15,5x22,5 cm, sobre papel barbado *Tintoreto Gesso* 200 g. Estampado a 10 tintas *Ultracrome*. Encuadernado a un cabo, lomo visto y tapas en pasta de algodón de 1000 g, ilustrando la principal con el contorno nacional venezolano.

Texto del diario de viaje. Gloria Caravaca Escribano.

Texto del cuaderno de memoria. F. Ortiz.

Imágenes ilustrativas en formato 35 mm. Gloria Caravaca & F. Ortiz.

Traducción al inglés. Milagro Galicia Martín.

Agradecimientos. Teresa Saiz Ocaña & Miguel Fernández-Cid.

Anexo. Edición seriada. Descripción sobre papel barbado *Tintoreto Gesso* 200 g. Estampado a 10 tintas *Ultracrome*. Anexado mediante cosido visto, lacrado, fechado y firmado por el autor.

Obra fotográfica

Cubierta / Encuadernación

Tapas en pasta de algodón 51x55 cm, de 1000 g, ilustrando la principal con la cuenca fluvial Orinoco venezolana. Encuadernación a seis cabos y lomo visto, guardando un orden aproximado al cronológico.

Estampación fotográfica

41 imágenes fotográficas directas en negativo 6x6 cm. Estampadas a 10 tintas *Ultracrome* sobre papel barbado de algodón *Hot press natural* de 300 g, en formato 50,5x54,5 cm, acuñando un golpe seco en cada obra. Rubricadas a grafito por el autor, definiendo su nomenclatura *Mtx.*, fecha, título y firma.

Promptuarium

S. L. A. Del latín, *semina librum auctor*, “semilla del libro de autor”. Nomenclatura para designar el ejemplar de cabeza de un libro de autor, agrupando todos los elementos incluidos en el.

F. L. A. Del latín, *fructa librum auctor*, “fruta del libro de autor”. Nomenclatura para designar los ejemplares seriados de un libro de autor.

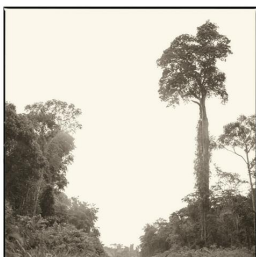
Mtx. Del latín, *matrix*, “matriz”. Nomenclatura para designar una estampa original como ejemplar de cabeza.

Monz. Del latín, *monozygotum*, “mono cigoto”. Nomenclatura para designar los ejemplares seriados de una estampa.

D. D. D. Del latín, *dat, donat, dedicat*, “da, ofrece, dedica”. Nomenclatura para designar los ejemplares fuera de comercio.

Nota. Para más información consultar *Promptuarium editio auctor*.

With Both Hands



For you

For me

For him

As a chronicle in memoriam of a side of life



TRAVEL DIARY

Venezuela, from July 31st to August 28th, 1992

This travel diary starts in April 2018, after Fany was recovering the photographs that we had made during our vacation in August 1992 to Venezuela.

Looking for all the documentation that we had, apart from the photographs, I found a folder that contained a notebook where I noted the expenses and some of the places that we went through, there were also maps, plane tickets, business cards, invoices and tickets. All this has made the memories flow and made it easier for me to write about this trip from 26 years ago.

We had never travelled so far, until then we had travelled through Spain and Europe. With 28 years and a little money saved, we decided that it was the time. Going to Venezuela came out of a conversation with our friend Jesus, who had been there and who told us about the trip with great enthusiasm. He told us that he knew a Spaniard, Pepe, settled in Puerto Ayacucho, who had been a guide for them.

We took a round trip plane ticket to Maiquetía (30 Km away from Caracas). The idea was to depart a Friday 31st July from Madrid Barajas Airport at 11:15 am, the return was a Friday 28th August from Maiquetía Simón Bolívar Airport (Vargas State) at 17:20 pm.

July 31, Friday

Excited, we took the plane to Caracas with a stop in Lisbon. During the

transfer we helped a Venezuelan woman with her luggage and we chatted with her about Venezuela, she had been in Madrid visiting a daughter.

August 1, Saturday

We arrived at Maiquetía airport (6 hours less than in Spain) and the Venezuelan woman offered to take us to Caracas in her son's car, who had come to pick her up. They left us at a boarding house, leaving us her phone number. After checking in and leaving our bare luggage, we set out to visit the city.

The impression it caused me was very boisterous, noisy and dirty, I think it intimidated me a little.

After all the recommendations we had received about not drinking tap water, no natural juices, we went to the first street juice stand (what they call "jugos", which they make with fruit and water), tasting all those we wanted, delicious! That caused us 2 days of pressing visits to the bathroom, since then we had no more stomach problems.

August 2, Sunday

The next day we returned to Maiquetía airport to take a small plane that would take us to Puerto Ayacucho.

As we stepped on land, we asked the first person we met about the Pharmacy in town, as it was the only reference to find Pepe, since he was married to the pharmacist. There we went. Fortunately, his wife was there and she told us where to find him. We only knew him by a photograph. When we met him and we introduced ourselves as friends of Jesus, he was very surprised. He told us where we could stay, after telling him that our budget was small, we also talked about wanting him to travel with us through the jungle and the Great Sabana.

We settled in the house of a Belgian woman, Helga, who hosted travellers. The house was modest but cosy, decorated with paintings and objects from the life of the Amazon Indians. It had a large common area, where some very colourful hammocks hung from the walls to some tree trunks that held the deck of the house. There were about 3 or 4 rooms, ours was very austere but comfortable, it had a bed and the walls were decorated with paintings of jungle

landscapes, made by a local painter. In the inner courtyard of the house was a shower, which consisted of the termination of a pipe through which came a jet of warm water. In the mornings Helga prepared us a delicious black coffee made in a pot and we talked with her, the most complete breakfast we had to do outside the house.

In the common area there was a huge painting of a Yanomami Indian which had captivated us, we wanted to buy it, but with no success, as I think she told us that it had been a gift from her husband. Helga's husband was Venezuelan, with indigenous mixture.

As Pepe did not decide to accompany us through the jungle and our time passed, we decided to go to a local travel agency, Autana Aventura, to hire a small trip through the Orinoco river and visit a village of Piaroa Indians.

August 5 to 8

We left on Wednesday August 5, the members of the group were Lucho, our guide; Alex, the cook; Umberto, the engineer of the boat: two more local support people: Hans and Euqui, a couple of Dutch and us.

We went upstream in a boat and then on foot through the jungle to a pier, where there were two curiaras that would allow us to cross to the other side of the river. The pier was located upstream on the left bank, freeing a fall that, although it was not too high, it had many rocks and rapids. The building consisted of an open construction, with a sheet roof covered with palm leaves. We spent the night hanging our hammocks from the sticks that held it.

Early in the morning, after having breakfast, we got on the boats. In ours we went Umberto, Lucho, Alex, the Dutch couple and us. I was riding facing upstream, at the opposite end of the boat engine. We had just left and going upstream, very fast and with a fast current due to the rainy dates in which we were, when the engine stopped. Time for me also stopped, they were the longest minutes of my life, the engine had drowned and did not start, while we were descending at great speed approaching the rapids dangerously. I looked sideways at the pier, it was the reference I had of where the fall was located, and I prepared for the final outcome. Jumping from the boat was not an alternative, the current

was so strong at that point that we would not reach the shore. Suddenly we heard the roar of the engine which Umberto had frantically tried until then to start. Only after that I remember breathing, I had been holding my breath all this time.

Once upstream and having crossed to the right margin, we entered the jungle to go to the village of the Piaroa Indians.

I had a lot of fun on the way talking with Lucho, the guide, about his life in Puerto Ayacucho and his curiosity to know about life in Spain.

Walking through the jungle is not easy, always wet by our own sweat and the humidity of the environment, paths are not as Westerners know them, and the day light is sifted by the leaves of the large trees that prevents it from passing. All the vegetation and noise make you feel that you are not welcome.

Alex, the cook, was a very young boy who carried all the food and cooking utensils on his back, in his hands he carried two cardboard trays with eggs. On more than one occasion he slipped, naturally on the other hand due to the wet leaves and trunks, but miraculously in none of them did he drop the eggs. We, maliciously, laughed saying that that night we would eat jungle tortilla instead of hard boiled eggs.

We arrived at the Piaroa village where Timoteo, the patriarch, Abel, the eldest son, and the rest of children received us: Alberto, Wendy, Carmen and Gisela, all between 2 and 7 years of age. The woman was not there, she arrived at sunset with other children (of these I do not remember their names).

The place consisted of an area, between the jungle and the Cuao river bank, not very large, where they had cut the vegetation to make room for a cabin with a small orchard. The house was conical-elliptical with a palm roof that reached to the floor, diaphanous inside and with a fire in the centre of the room, sleeping in hanging hammocks and the babies had a smaller one, hanging above his parent's one.

After the presentations I sat on a log, which served as a bench, to dry my feet soaked from the walk through the jungle. Suddenly, I was surrounded by

the little ones who looked at me curiously but a little scared, to earn their trust I started to sing the songs of when I was a child: Hello Don Pepito, The patio of my house, La Gallina Turuleta,... they began to laugh and to touch me, already with more confidence.

The children looked malnourished, with swollen bellies, you could guess that they were full of parasites. The clothes they wore were not the traditional ones of the Indians, they consisted of extremely worn trousers and shirts.

While I was dedicated to the stories and songs with the children, Lucho and Fany decided to take a curiara on oars (a small wooden boat in the form of a canoe) and take a stroll along the Cuao river. My feeling is that it was very little time since we saw them leave, when they appeared running, they crossed the village and threw themselves into the river from where they had left.

Those present there could not give credit, we did not understand anything. We only saw them make great fuss in the water and rub themselves with energy. Later we learned that shortly after leaving the village, they had overturned. As the river came down very fast and with great speed, as they could, they clung to the branches of the banks but with such bad luck that a nest of sparking ants fell on them. This ant is tiny but very aggressive, if it is altered it bites you and injects its poison. Instantly you feel as if you were stuck with pins on fire. While sitting with the children, barefoot, some of them bit me. I cannot imagine if a nest falls on you. On the other hand, they were lucky that the river carried water in abundance and the piranhas "Caribs in the local language" were less aggressive, they could have been worse than the ants.

In the afternoon, we saw Timoteo's wife arrive in a curiara dragging Fany and Lucho's, which we were already losing. They had found it downstream, we sighed relieved not to leave them without their means of locomotion.

That night Alex prepared us rice with tomato and boiled eggs for dinner. While we were having dinner, sitting on the trunk of the tree, the children appeared with a dog, which was just bones and skin, Fany could not avoid a strong compassion towards the dog and threw him a peeled hard-boiled egg, the poor animal swallowed it without chewing. The children looked at him

in amazement, not understanding what he had just done, his bewilderment was total, I felt terrible. The family would dine a very small melero or tamandua bear, surely insufficient for the large offspring.

The hunting way of the piaroas is to impregnate the tip of their arrows with curare, a poisonous substance that comes from a plant that grows in the Amazon basin, and throw them with their blowguns to the animals.

Luckily, Lucho told us that when we went back to Puerto Ayacucho we would leave all the food that we had not spent and that was abundant, which we thought was great and which we applauded. Lucho had already been in charge of buying food to spare, he always did in his visits to the village. A good guy.

With Abel, the eldest son, and Lucho we set out to visit a cemetery where the Indians bury their family. We reached a high area with large rounded stones, almost black in colour. There we could see the way of burial, which involves wrapping the body with flexible sticks and tie the ends, in order to place it between large open stones. When being outdoors, the sticks that wrap around the body deteriorate, letting it glimpse. They explained to us that they were placed there so that they were closer to Cerro Autana, "the tree of life". The cemetery is a sacred place and they do not like it so much that the tooouuurists (with a drawn-out expression that Timoteo used) visit it, but he gave us permission. He used to mock us by telling us, to our complaints of mosquito bites, –tooouuurists are stung by mosquitoes–.

Returning to the village I noticed that Abel was cutting huge leaves, to my question of what was he going to use them for, he replied that to protect himself from the rain that was coming. I looked at the sky, between the thick big treetops, I only saw a blue sky, but suddenly I heard a murmur that was approaching and without time of reaction it began to rain cats and dogs, as if all the taps of a city were opened at once over our heads. I have to say that the leaves are effective to protect oneself from the pain that water produces when hitting our skin, not so much to prevent you from getting wet.

After the farewells and leaving the food, we headed to Cerro Cuao. As it had rained copiously the previous day, the path became an elusive mud in

which climbing the great slope we took one step up and two down. We could not advance much and decided, faced with the impossibility to continue, to make night in a construction with a wooden roof secured by trunks that we found in the middle of the forest.

We anchored our hammocks and they taught us how to capture the tarantula spiders –Mona brachypelma–. They nest in holes in the ground covered with fallen leaves, they take a thin branch through the opening of the nest and when they come out they are immobilized with a small stick pressing their back, to prevent them from throwing their stinging hairs, then they place their legs, one by one, backwards, in such a way that the spider leaves his abdomen totally vulnerable. They tried to roast them for us to taste, but the Dutch did not think it was okay to kill them having macaroni for dinner and we supported their decision.

The Dutch were a young couple, he worked as a teacher and spoke a little Spanish, but she did not speak it at all. We could not keep a fluent conversation.

We settled in our hammocks to sleep, by the way we just had a thin sheet to cover us and I was very cold. That night something curious happened, Fany got up at midnight to pee and stood on the edge of the roof, in the dark, saw two yellow eyes staring at him, stepped back and went back to the hammock without saying anything. The next morning he told us about it. Apparently there was a cougar in the area that had attacked a Piaroa and that's why they were bringing a person with a rifle on our trip, they had not told us anything before so as not to worry.

August 9, Sunday

Back to Puerto Ayacucho, after an emotional farewell from Lucho and Alex, we arrived at Helga's house to stay, but it was complete, so we had to go to a terrible motel.

Then we met with Pepe to specify if he would accompany us through the Gran Savannah.

As we wanted to buy a traditional hammock, he took us to the town jail where the prisoners made them. As strange as it may seem, we ended up in

the prison yard surrounded by prisoners in white tank tops, tattooed and quite fierce looking, who showed us their hammocks and tried to convince us that theirs was the best. There were armed guards with us, but very relaxed and smoking. Of course I was scared by the situation, to this day I do not understand how I ended up there. I remember telling Fany to buy one and leave, but in his unconsciousness he refused as all seemed ugly, which they were. We left with the displeasure of the prisoners of not getting some pesos and I was relieved.

Naxira did not want Pepe to go on a trip, and Pepe had to work hard to make her, reluctantly, let him go.

August 10, Monday

That Monday, mounted in the dilapidated Toyota 4x4 of Pepe, which of the 6 cylinders that had only 4 worked, we left for the Gran Savannah by the trunk road 12, without knowing exactly where he was going to take us.

Pepe was driving, Fany was the copilot and I was sitting in the back on a wooden bench on the side, accompanied by the travel bags and a huge camping fridge full of beers.

The first night we stopped at a tavern and asked the woman who ran it if she had something to give us for dinner. Trying to be nice, she told us she could cook a hen. They spent about three hours, while Fany and Pepe drank beers, until dinner was ready. The good lady had had to go to the chicken coop, kill the chicken, pluck it, chop it and cook it so that it was tender. It came accompanied by a bottle full of water with chilli peppers floating inside it as a sauce. Pepe had a lot, Fany took a few drops and cried from the itch and I did not try it.

We hung our hammocks in some trees and we slept under the starry night. At midnight Fany woke up with itches throughout the body, the mosquitoes had primed with him and did not leave a piece of skin free of bites. He had a very bad time. The mosquitoes and geganos, as they call mosquitoes in Venezuela, were implacable and although we slept with mosquito nets in the hammocks, they always managed to find a hole to get inside. Fany tried all the home remedies that were said there, even smeared with a mixture of oil and repellent, but none worked.

August 11 to 17

We continued the trip early, heading to Ciudad Bolívar.

Naxira had many relatives throughout Venezuela as a result of her father's love affairs and marriages. So, in order to save expenses and live the lives of the people there, we dedicated ourselves to visiting brothers, cousins and nephews of Pepe's wife, who were very numerous.

In one of those visits we went to a ranch located in the middle of the field, before going we stocked beer, rum and a large piece of meat to be cooked.

The place was located on a hill, surrounded by tall grass, with some wooden houses, very humble and precarious; the impression was of poverty. In one of the houses lived a brother of Naxira's father, the family was completed by the wife and two girls. The oldest daughter told me that she was 14 years old, she did not look more than 10 or 11. Malnutrition was evident. To the smiles of the children surfaced teeth full of decay, fruit of the lack of oral hygiene.

They made a hole in the earth, they put the piece of meat that we took and covered it with embers. Time was spent chatting and drinking.

Children are always curious about foreigners, especially if it is a woman, so once more I turned out being accompanied by those who were there. My way of connecting with them was with songs, and so we spent the afternoon until dinner time arrived.

My feeling, I still remember it clearly, was of sadness around me. That family was seen as living poorly and with a future of misery for these children. That night I barely dined, I could not eat thinking I was taking the food, I preferred that at least this time it was they who fed. Another detail was when I took out my toothbrush, the children did not take their eyes off me: envy? curiosity? That was the sensation that I had. It occurred to me to ask them if they had one, deluded me, and they responded that —once they did—.

Another anecdote of that place was when, due to the lack of privacy, because of course there was no bathroom, I asked Fany to accompany me a

little apart to pee. When I started to lower my pants, surrounded by tall grass, we began to hear that characteristic sound made by rattlesnakes, as we could we got out of there and since then I did not care about my privacy.

Another night that we slept in our hammocks with a splendidly starry night on our heads. The next morning, after the farewells, we left the ranch.

I have to say that I do not like beer and after suggesting Pepe that no alcoholic drinks for me, he could not think of anything else but to buy Pepsi too, the water for drinking was not in his dictionary. After a few days I felt like a balloon about to go up to heaven, I had to beg him to buy water.

There were always people selling fruit and food around the villages we passed, on the edge of the road. We stopped to buy green coconuts, which were opened for us at the time to drink their water. Other times, we bought bananas and yes, we had to take the whole bunch that we hung from the Toyota, we ate until we were full.

The next stop was at the farm owned by another brother, this one from the mother of Naxira, who had it for leisure, he did not live there. It was huge, full of ponds and vegetation, it took more than a day to travel through it on horseback.

It was taken care of by Jesús García, a man of about 65 years old who was married to a young woman of about 17. There also lived a couple with small children and visiting was a cousin of Jesus' wife of about 18 years of age.

The house was made of wood and had one floor, humble, with the roof of palm. In the centre of the room, diaphanous, there was a fire or rather smoke, which was used to scare away the mosquitoes. The atmosphere was suffocating, unable to resist much time inside due to the cough it generated on us. Preferably the bite of the mosquito rather than dying drowned by the smoke.

To give us a nice treatment, Naxira's brother arranged for us to have a typical Venezuelan dinner: corn cachapas and turtle. To make the cachapa, Jesus took the corn cobs fresh and took out the grains, then he ground them. He

cooked them as a cake of a thickness similar to a thin potato omelet. I have never tasted anything similar, it was spectacular. He cooked, his young wife was kept out of the fire because he said that the heat of the coals would prevent her from giving him children.

The sand turtle they used was the morrocoy, –*Chelonoidis carbonaria*–. He had them alive in a small yard. It was very unpleasant to see how they were killed, Fany photographed it, I was unable to see it. At that time we were not very aware of the problems of these land turtles, in danger of extinction. We also tried to integrate ourselves into their way of life without questioning their culture.

After dinner we were chatting and the men drinking rum. Naxira's brother said goodbye and went home, we stayed there to spend the night in our hammocks.

The hammock that we used (bought in Puerto Ayacucho) was the so-called matrimonial (the fabric of two hammocks in one), in which Fany and I slept adapting to each other.

The next morning we rode out on horseback with Jesus and his wife's husband, Pepe stayed at the house.

We spent the morning touring part of the farm, it had large ponds where we spotted "babas" (spectacled alligator, –*Caiman crocodilus*–), and a gold mine called "Limoncillo" which was in a shallow pond with chocolate coloured waters. In it, Jesus taught us how to bat in a wooden bowl with a circular shape and with a shallow depth called batea, we were able to get some gold nuggets that we still keep. When the gold nuggets are bigger, they call them cochanos.

At the edge of the pond there was a tree full of mangoes, in its shadow Fany put on his boots eating the most mature. At that time, I was not crazy about that type of fruit and I did not eat it, now it is one of my favourites.

It was a wonderful day, riding through those lonely places, enjoying the peace and the sun.

We said goodbye to those present and we left. Fany left with a bitter aftertaste for not giving Jesus a t-shirt he had bought at a street market, it was blue with a print on the front of a horseman on horseback (still to this day he keeps it in his memory). Jesus liked it because he saw himself identified with the rider. We were short of clean clothes and giving it would have meant having to put on one of the dirty ones. He always regretted this.

We continued our way to the town "El Dorado", named after being surrounded by gold mines. The first thing we did when we arrived was to go to an accommodation located in the town, built with a large wall around its perimeter and with large access doors for the carros (vehicles). There was a security person at the entrance who controlled all entrances and exits. The complex was formed by independent rooms (attached to each other), garden areas, a small swimming pool and bars.

Once registered at the hotel, Fany and I wanted to go around the town. Pepe warned us of the danger of walking alone, warning us also that at 7:00 p.m. sharp they closed the access door of the accommodation complex and did not open it under any circumstances until the next morning. It made my hair stand on end, but at 28 years of age we were not afraid of almost anything, we were more curious.

With this warning we headed to visit the place.

I admit that I was a bit scared, the site was not inviting. El Dorado is a town similar to the ones we see in western American movies, the unpaved streets, with a perpetual dust in the air, the houses similar to those of the western cinema, not so pretty, and at the doors the structures to tie the horses. The men wore cartridge belts with revolvers, quite unfriendly.

It has to be said that Fany, always, carried on his back the photography backpack with a 6x6 cm Hasselblad camera and a Nikon with its lenses. Whether it was our clothing (the clothes we wore we had bought at a street market in Puerto Ayacucho and was the same type as what the people there were wearing) or our naturalness, the fact is that we did not attract attention.

Fany, who never feels intimidated by anything, decided to take out the half-format camera ready to take pictures. I thought that at any moment we would be robbed like other Spanish travellers we had known days before. I continually insisted that he put the camera away, as this was the perfect place to be assaulted, robbed and beaten.

Without anything worth mentioning, except for my frightened mind, we returned to the hotel before it closed. That night we heard shots and fuss outside the hotel complex. The next morning everything was calm.

Following trunk road 10, towards Santa Elena, we stopped to visit the Aponwao Waterfall or Chinak Merú, which is past the town of Las Claritas.

The name of this waterfall comes from the river Aponwao from which it is nourished. This waterfall or fall is amazing with its 105 m of free fall. We went down to an esplanade that is right at the base where the water rushes with a great noise and where the noise impresses by its magnitude.

We continued our trip to visit another waterfall "Salto Kamá or Kamá Merú" with a 50 m fall and without being as spectacular as the previous one, it does not leave you indifferent in its beauty. We visited the "Pozo Soroape", which are natural pools of the river that bears this name.

As Pepe drank heavily, both beer and rum, Fany once offered to drive the Toyota. As he picked it up, we had to cross a wooden bridge, narrow and quite damaged. We almost rushed down, it was not very high but we could have hurt ourselves. From then onwards, we decided that Pepe would always drive, it was safer for him to carry it even with his high alcohol rate, because he was more used to the bad roads of Venezuela.

In the rainy season, as in which we were, the roads and paths are often impracticable and we often found cars trapped by landslides or rockslides.

Before reaching Santa Elena de Vairén, we stopped at the "Quebrada de Jaspe", which is one of the natural monuments of Venezuela. Its name comes from a semi-precious stone called jasper, of a very intense red colour. There

are small waterfalls that fall on natural stairs, where you can place yourself and let the water massage your back. The red colour of the floor with the brightness that gives the water, makes it a very beautiful place.

We arrived in Santa Elena and visited all the jewelers that Pepe knew, he proposed to buy his wife an emerald to calm the spirits on the way back. So many jewelry stores we visited that in the end Fany was seduced by a piece of 24 carat raw gold with the natural shape of South America and that he gave me as a pendant. It cost us 85 dollars. From this trip, he usually buys some small jewel representative of the country to which we travel that, once back at home, he gives me.

We spent the night, and the next morning we said goodbye to Pepe and we paid him for having guided us. We promised to write him, to which he told us that he never answered the letters but that ours would be well received. We did this for a while, but when we did not receive an answer, we cooled down and stopped doing it.

We started by bus to Puerto Ordaz (605 km from where we were), and from there took a plane to Maiquetía (Caracas).

In Puerto Ordaz we met a cousin from Naxira, whom Pepe had previously called, who offered us the house that he was having built so that we could spend that night. I do not remember his name, but he and his wife were lawyers. The house was a kind of chalet of one floor, very small, made of gray cement (it was raw) without painting, without any floor and that only had some hooks to hang our hammock. We spent the night there and the next morning, without anyone coming, we closed the door and left for the airport.

August 18, Tuesday

Our plane arrived at the airport of Maiquetía (Caracas) in the afternoon and we looked for a cheap means of transportation to move to Chichiriviche (300 km).

We happened to meet two Italian girls, who travelled alone, to our same destination, so we talked to a taxi driver and after agreeing the price we shared it with them.

It was night when we arrived at Chichiriviche, after a trip on roads full of curves and with the reckless driving of the taxi driver.

One of the girls was staying in a hotel complex that consisted of small houses on the outskirts of the town. We asked if there were free accommodations to stay, too, but it was complete. In the village there was a hotel, Hotel Mario, where we found three rooms.

When we went to pay our share of the taxi, we realized that we did not have any money, so the girl who was staying in our hotel paid for our share. We agreed to meet the next day in the hall at a certain time to pay her, she did not show up and we never saw her again.

The site was huge, a high building at one end of the town, with a pool, disco and bars. A horror. But there we were lodged during our stay.

August 19 to 28

The next morning we went around the town to gather information on how to get to the cayos (small islands), which was our goal.

Chichiriviche was an unattractive and very dirty coastal town. Its dirt streets, with ramshackle houses, bars and shops. The first thing that surprised us was the tuned cars, in those dates we were not used to seeing them in Spain, it was as if we put the wheels of a truck to a common vehicle.

We went to the association of boatmen, where we were explained the procedure of how to contract their services. It consisted of saying at what time you wanted to leave the pier and the time you wanted to be picked up from the island for the return. They informed us what to bring: hammock, a small cork fridge with ice, drink and food. There was a small grocery store next door, where you bought the drink, the ice and they cooked the sandwiches every day.

The next day, with all the luggage for our visit to the island, we got on a small motorboat with a couple of blond foreigners and extremely white skin. I remember thinking about the danger that these skins ran with the scorching sun of the Caribbean Sea.

When we left the rafter we told him the pick-up time, 5 o'clock in the afternoon, I thought he would never be at that time. I have to say that I was wrong, they always complied with the agreed schedule.

Being on an island in the middle of the Caribbean, with very few people around, sometimes nobody, is one of the most wonderful experiences I have ever lived.

We spent hours diving, with goggles and a tube to breathe, by crystal clear waters with untouched coral bottoms and a multitude of exotic fish.

We ate, we drank, all chilled by the cork ice cooler, and we would sit in our hammock in the shade of the palm trees. Yes, the sun protection factor that we had each time was 50 and thanks to that we did not burn throughout our stay at sea.

The day passed, the time for collection arrived. Like a nail there was the ferryman at 5 o'clock and also the two blond foreigners, but their skins were no longer white but red. We were stupefied, we thought that that night they would hardly be able to sleep and that in the following days it would be hell to be in a place with such a relentless sun.

We arrived at the hotel and surprise! "We had a plague of cockroaches in our room." The cockroach of Venezuela is small and blond, but very abundant. We went to buy a killer-cockroach sprayer and sprayed it all over the room. We had to get out, either because of the product itself or because we used too much product, the fact is that if we had not left, the dead would have been us. The truth is that they are very resistant and we did not manage to finish them all, but at least we did not have the previous procession. After that, what we did was to fumigate the room well when we left in the morning and did not come back until the afternoon.

After a refreshing shower we went for a walk around the town and to dinner, we fled the hotel and its nightclubs.

We discovered a restaurant run by Basques on the seashore. The fish was fresh and without seasonings, cooked on the grill. In Venezuela they like to

spice up the food, for those of us who come from the Mediterranean diet it becomes heavy.

The first day we had dinner there I felt like having prawns and I asked the waiter how many pieces were on the plate. I was disappointed when he told me that three, seeing my face, he comforted me by saying that I would be satisfied. The truth is that yes, they were the size of almost lobsters. Everything we ate was spectacular, the grouper, the monkfish, everything was freshly caught.

Some other times, we also tried having dinner at some local bar, but the food was so bad that we ended up giving up and going to the Basques. The funny thing is that being Spaniards like us, when we told them that we were from Madrid, we could not get into any conversation with them.

In the morning we woke up early. In the solitude and tranquillity of those hours, the hotel guests had not yet risen, I suppose because of the hangover from the previous night, we had breakfast in the dining room. I went down earlier, Fany always had trouble getting up, and asked for coffee. One morning, while I waited for the sleeping beauty to come down, I noticed that there was a man of about 60 who was looking at me curiously. Realizing that he was making me feel uncomfortable, he approached and introduced himself as the owner of the complex. He was Italian. From then on, every morning we would have coffee together until Fany came down. I do not remember what we talked about, but he was very nice.

Once diving, I felt a panic never experienced, we were swimming chasing a fish when suddenly we saw only darkness. It was a cut, I do not know how deep, that made you feel like being in the middle of the ocean. We turned around, returning to shallower and safer waters.

Another day being in one of the islands, we saw a couple who had docked their boat near the beach and who were walking with a cat. At first we thought that it was a dog, because it played with the waves on the shore. We were still perplexed, when we saw a pelican launch at full speed towards the animal and if it were not for the reflexes of the owner, he would have taken

it. They told us that the cat liked to jump from the boat to the water and swim. If I do not see it, I do not believe it.

Our day to day was to provide us with provisions and embark to the different islands of the area: Cayo Peraza, Sal, Muerto, Sombrero and Borracho. These are the ones we visited, although I do not remember the order. After the return to the hotel, walk, dinner and sleep. It may seem monotonous, but not at all, each day was a new experience and a new discovery.

August 28, Friday

After paying for the hotel, we looked for a cheap means of transport that would take us back to the Maiquetía airport to return to Spain. Fany was walking through the entrance of the hotel, asking some people and others if they could take us and how much would it cost. There was a small black van with about 8 seats, he asked the driver if he would take us. After hesitating at first and after agreeing on a price, he introduced us in the car. We thought it was a vehicle for hotel passengers, who had hired the transfer, but whatever it was, he took us sneaking to the airport, pocketing extra money. Of course, it was very cheap for us.

We arrived at the airport. The Venezuelan lady at the beginning of the trip had asked us to contact her when we came back to give us a package to give to her daughter in Madrid. That's what we did. While we were waiting for it, we were assaulted about what the package might contain, so we decided not to wait any longer and pass the security controls.

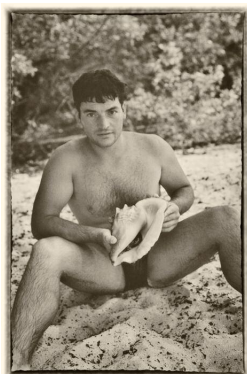
In these controls there was an unusual police deployment, soldiers with rifles making the corridor to the passengers. They made us open the luggage, checking all our belongings. Fany asked them if something happened and a military man with a face of few friends answered –this is none of your business–. Once past the control, we breathed a sigh of relief that we had not taken the lady's package.

We left Maiquetía on Friday, August 28, 1992 at 5:20 p.m. and arrived in Madrid on August 29 at 08:10 a.m.

Reviewing everything I have been telling, I have the perception of having kept just the memories of adventures, difficulties and fears. But my feeling is to have had a great time, not as unpleasant episodes. For me it was a great trip that I will always remember with love.

I do not know if it may have been because it was our first trip to another continent, the age, the experiences,... whatever it may be, we felt it was a long trip and that feeling in which time passes slowly, to this day, has not happened again. In fact, we always think that on that trip we had been a month and a half, when in reality it was only a month.

Written in the month of June 2018



MEMORY NOTEBOOK

Preface

This little notebook comes from a first reading of the travel diary, which Gloria my companion since 1979, when we were both 15 years old, makes of the Venezuelan trips we did in August 1992.

It is a pleasure to read her plain and sincere prose of that journey, and be able to see that after time, what united us 39 years ago is still alive and fresh, telling and giving importance to the same things that today hold us together, and that I could define without fear of being mistaken, as a complicity in which words are almost always spared, it is gestures and looks that silently mark the path.

On my side in this text, I will relate the reason for this work now and not before, ordering in an anarchically chronological way my memory, adding the actual knowledge that over the years I have acquired from the territory. I have always thought that travel never ends, it modulates changing over time, being experiences liquefied with daydreams, you want to give that perspective to our being, not knowing where one ends or the other begins, but what are memories but a whole of ourselves?

Why now and not before

When we returned from Venezuela with all our experiences out into the open, the first thing I did was reveal the picture rolls, the surprise was capitalized when checking that the negatives made in small format were in very bad condition, to the point of considering to get rid of them, which fortunately did not happen "The electronic Nikon failed with the humidity", on the other hand the negatives of half format done with the Hasselblad were perfect, "the colour ones were revealed by a trusted laboratory and those of

B/N were processed by me". At present I keep and continue working daily with my half format camera without any setback.

At that time I ordered some enlargements from the colour negatives, reserving the B/N to be developed by myself, and giving those made in 35 mm up for lost.

Time went by between the professional jobs and the later trips, while the negatives slept, "I never developed the B/N". It was in 2017, after 25 years, when I digitized with my own system in high resolution all the Venezuelan work, I must confess not missing the truth that what I saw confused me, the frames, the light and the message were the same I do now, I did not know how to understand that, had not it evolved?, it is true that at that time I had certainly grown as a professional, but what about my personal work?, I began to digitize a large part of my primary images to be able to compare them, and also visualized many current ones, discovering that my look in essence had not changed, I kept looking for the same thing, again and again... I was overwhelmed by that search without rest, almost obsessive. Then I knew it was time to go back, to return to discover the obvious, what happened, what happens, accept the truth. Making a selection of that trip was already a necessity, including those of 35 mm that I had given up for lost and that now acquired an almost biblical character; showing the soul of the moment. I started to reveal on paper and I realized that I had to respect the original frames, that's when I saw that those images were filled with a new meaning, they were reborn becoming current, without doubt being the essence of the search that continues still today. I closed my eyes and Venezuela 1992 was born.

Venezuela 1992

Our trips then and now, always have a common pillar, we do not like to know or plan everything, where we go to sleep, what is the best place, what we cannot stop seeing, or simply what to do or eat... it happens naturally and certainly improvised, if we go up or down, if we stay or take this last plane, boat, train, bus or simply we start driving or we start walking.

As Gloria says in her diary, everything started talking to our friend Chus, a fire fighter and nomad by nature, we were dazzled by his story and decided

that we would go to Venezuela, we spent almost our savings on two tickets to the American continent, the rest of the cash we would have to manage in order to survive in that country.

I remember the outbound flight on the airline TAB, at the border of the smoking area and the little bottles of wine from Rioja.

Gloria portrays very well the evening in the Venezuelan capital, I still remember the taste of the ground fruit with local water and ice.

The next day when we got back to the airport, we saw a small local travel agency, which organized the trips to visit the Salto del Angel, the price was very high and we could not afford it, so following our first plan we flew to Puerto Ayacucho. The view from the of twin-engine propeller plane was overwhelming, small and large water courses twisted like a bundle of threads in a pocket, the green plain occupies everything to infinity, it was the lands of the Venezuelan Llanos, where Felix Rodriguez de la Fuente" in Hato del Frío hacienda" filmed part of his television series *El Hombre y la Tierra*, rescuing chigüires, caimans, turtles and anacondas from the embrace of drought and the deadly scourge of the sun.

I vividly remember the sensation of heat and humidity when landing in this riverside triangle border town, located between the jungle of the upper Orinoco, the Llanos and Colombia. The clothes clung to the body soaked with sweat, the place looked like something out of a novel, the red streets of ground dirt, waterlogged on its banks and dusty in the rest, the people along with dogs, cats and chickens wandering as passers-by of a large city where nobody knows anyone, the rickety cars and trucks stood on either side and all the other moving entities had to skirt round them, there were supply stores with bars in their doors and windows, where everything from a repaired rubber to clothes, food or used refrigerators was sold.

Finding Pepe was easy, we took a "carro" in which its owner acted as a taxi driver, huddled in that cabin the driver stopped everyone who requested it and making detours left everyone in the vicinity of their destinations. Pepe was, and I hope he still is, a curious guy, showed the proximity of his Andalusian genetics

and some distance before an uncertain past, the shape and rhythm of this town sat him like a glove. I do not remember where we found him but when he took us to his house, we gave him a bottle of wine that Chus gave us "I always thought there were two, but I do not think so, our luggage was very small" and sitting there in the small patio he told us about his escapades with my friend and his wife then, Yolanda. The idea of leaving the town for a few days fascinated him, but there were many issues that had to be resolved, especially regarding the family, "his wife did not think it was such a good idea".

And joining Gloria's story we decided to get to know the Orinoco for a few days.

In the small travel agency of the town they proposed us two routes, the first to know the Yanomami Indians also known as –Ye'kuana or Waikas–, this visit was already very restricted at that time and we had to wait a little more than a week to undertake it . The other more accessible and which could be organized in a couple of days was to enter the jungle of the upper Orinoco, to a village of Piaroa Indians, known in their native language as –De'aruwa– and we decided to go with the second option. In the two days we spent in Puerto Ayacucho we visited the surroundings and met a young man like us, who was looking for other people to organize a small expedition to the Casiquiare arm (fluvial tributary of 326 km long and 32 meters of altitude between the Orinoco and the Amazon basins. It was "discovered" by the missionary Manuel Roman in 1744 and recognized by the royal expedition of the Orinoco in 1775, to later be ratified by Alexander Von Humboldt in 1800, but undoubtedly used much earlier by the natives), I never knew if his adventure ended well...

We also crossed the great river in local boats to Colombia, the current was incredible, apparently it looked like a big raft, but its waters dragged all kinds of seaside at high speed and there in a local market, we bought a leather bag in the shape of a suitcase, that would serve to keep everything we were buying, as we paid attention to our friend adviser in Madrid, on this trip we would not need anything, we would buy everything locally, so the clothes we wore and some spare ones, as Pepe would say , using his two favourite words "nothing more".

The exit from Puerto Ayacucho to the upper Orinoco was done in a small motor-driven wooden boat, where all kinds of goods were transported. This part Gloria does not remember, but in her story she describes with marvellous precision our incursion to these lands from the arrival to the first camp.

This first section I remember as being fast, the trunks knocked down from the trees sailed down the river and our boatman very serious and attentive did not stop looking ahead, the monotonous noise and the smell of gasoline of the outboard engine accompanied us without rest, we stopped on a large island called Ratón, next to the confluence with the caño Sipapo (in Venezuela to the smaller rivers, similar in flow to our river Ebro, they call them caños) there lived a missionary whose name I do not remember, the boatman unloaded some merchandise and we took the opportunity to walk and know a little about this area, where there were horses and cows, I never knew how they got there, I imagine that very young or maybe they were their descendants.

The boat continued upstream through the Sipapo, separating us from the Orinoco about 20 km, and once there continue through a new confluence and a smaller river called Cuao 35 km more, until reaching the Raudal del Danto, where the waters precipitate in a luck of rapids, impossible to cross in any type of boat.

The next part of the story that follows coexists in parallel with that of Gloria and is in its essence without a doubt, one of the times that I have seen more clearly that life was ending, in the distance set by time it seems to have happened just a few minutes ago.

The morning woke up cool and wet, the chinchorros (in its correct description the chinchorro is a hammock made with natural fibres of Moriche—*Mauritia flexuosa*—, being this a palm tree that the Indians use to make different tools and ropes, I on my side and always wrong in its definition, called and so call the hammocks of cloth that are used for the same purpose) appeared deformed by the weight of our bodies. I dumbly remember the sound of water rushing down the rapids and hitting between the rocks. We were stowed in some monoxide curiaras (small one-piece boats that are made by emptying a tree trunk with fire and ax, and driven by a small outboard motor) I sat in the stern

looking downstream, the line of the flotation jutted out just a few centimetres and with a swipe of the arm the boatman started the engine, the boat seemed to come alive, the force of the engine raised the bow and avoided the wobble of our bodies, while the water brushed the edge of the boat, in a second we were going up the river in its central part, and suddenly the engine stopped...

It is difficult to describe the speed with which this small boat rushed downstream when its mechanical impulse ceased, the feeling can be compared to what happens when you ride on the hanging chairs of the old fairground attractions, the back of the one preceding you seems not to move but when you look outwards you realize that you are moving at a rocketing speed. It seems strange but I do not remember the boatman's face, but his expression was broken, his arm did nothing but pull the rope that could not start the engine again, felt different gears and pulled that rope again, causing only the emission of a choked noise, the banks of the river seemed to come together a little farther, just where a dreadful noise came together with my perspective, Gloria who was sitting looking forward, asked me incessantly what was happening and I answered her in the same way, do not look! do not look! Then in what seemed to me a fraction of a second I stopped seeing the water, and everything was noise..., at that moment a final blow of the arm managed to start the engine, the noise of the propeller was deaf, as if empty, maybe because the propeller was already starting to emerge, I always thought that the engine started in the last thousandth of a second, just before falling in the rapids and that, thanks to the boatman's skill, I now have a son and I am writing this story. Later, Lucho, our guide, told us that he would never again embark so close to the Danto Raudal. And our trip, as if nothing had happened, continued.

Once we arrived at our destination, a small backwater and natural pier that appeared uninhabited due to the monsoon period, we unloaded all our things and began to walk. I remember that Gloria wore some very simple shoes and I wore esparto espadrilles that were instantly deformed with the water, we walked through the forest, opening our way sometimes with machetes, wherever you stepped you slid, the putrefactive vegetation along with the water made the walk a real adventure since the land was not visible, except in some central areas of the streams, and so between skids and laughter we reached the village of the Piaroa Indians.

The good memory of my companion and her always grateful notes, make me, after this time, put names to the faces that I remember so vividly.

Gloria is a magnet for children, wherever she is they always approach and sit by her side, she always corresponds to what they like most, attention. I, on my side, dedicated myself to wandering through the town. In a small cabin there were some kids at the entrance, I almost never take pictures of people without knowing them, I feel that I invade a space to which I have not been invited, creating a mutual sensation that distances us, and that is precisely what I always run away from, but this time I shot twice, the expression of those children I remember vividly, what became of them, I would love to be able to give them their portrait...

After touring the village and its surroundings, taking photographs, I went back to where everyone was, and it was like a party, the children's mothers full of curiosity, were laughing. I do not know how Lucho and I ended up in a "curiara" paddling by the Cuao, I guess it was me who asked him if we could go for a ride, what I do know is that he asked me, "Have you ever ridden in a canoe?" to which I, without hesitation and believing it, said yes. The feeling of floating inside a tree trunk, listening to the water rub against the wood of the hull and the splash of the oars, is difficult to describe but very easy to feel, the branches of the trees caressed the water, all the environment was and is, one. It was then when due to an unsteady movement of our bodies, the small boat overturned and we went from the most peaceful and serene sensation to the most active and unusual, at first I did not give it much importance until I realized that it would not be so easy to win the shore, as two dogs splashing we managed to reach some branches suspended from the left bank (fortunately the same as where the village was), these seemed to be still but when we got hold of them we realized the great current that the river was carrying, our bodies hung from them like sheets lying on a roof shaken by the wind, with great effort and good luck that they did not break, we could crawl through them up to where they were born in the tree, I do not remember the words but I do remember Lucho's face expressing the exhaustion and the new fortune of the moment.

Soaked we were ready to return to the village, removing with hands and body all kinds of branches, vines and large leaves, it was like a green wall, then it

happened...in one of the large leaves that we moved away to advance there was a colony of ants,—chispitas—,it is impossible to describe the sensation caused by the bite of this tiny insect, equating this pain to something known is complex and it only comes to my mind an unknown feeling, that of sticking dozens of fine needles on fire, the pain strangely does not extend, it just affects that micro space without apparent consolation. As any animal attacked by surprise we ran, the plant wall was no longer a problem, with our hands on our faces to protect our eyes we crossed the part of the jungle that separated us from the village and when we reached it, we threw ourselves into a backwater of the river , the burning was little by little mitigating and fortunately also little by little we recovered our breath.

Rereading the fascinating and detailed description that Gloria makes in her story, I make her memories as mine, there being a gap in my brain about the dinner, the famished dog and the later moments, except the visit to the Piaroa cemetery with its stony and green landscape and the monsoon rain that hooked us but which fortunately I could photograph, I also remember the village chaman who invited us to sniff Yopo, —Yú, w, a—, to start us on an astral trip, and that I, paying attention to Gloria, did not try. What I did was eat mañoco, —Mañacú—, (toasted flour from the bitter yucca), tradition says that everyone who eats this roasted tuber returns to where one has tried it, it surely is true.

The truth is that in these moments and rereading this text that I write to give a sequential look, it seems a story of adventures, nothing further from my intention, if I understand that this trip as almost all we do has much of what today is wrongly called adventure, I have to remember that we travelled by plane and motor-driven boats, far from the sailing ships and expeditions on foot, machete in hand, which were once made in these places.

Returning to the story, we left in the morning to which I always thought was the Autana hill, but it was really Cerro Cuao, the advance was slow due to the rains, we arrived at a small roof of palms and there we spent the night. On this journey we were accompanied by an Indian with a rifle, because a few days ago a jaguar or a puma had attacked a riverside dweller. Late in the afternoon we settled into our hammocks properly covered by a fine mosquito net, I remember the great humidity that penetrated the cotton fabric of our beds, Gloria and I slept together in a sort of anthropomorphic positions, adapting

our anatomy, when well at night I got up to pee, (away from the erudite or bad words to perform this action), I stood in front of the darkness of the jungle, the sounds of insects and nocturnal birds along with the gurgle of rain on the leaves I have vividly printed in my memory, it was then when in that darkness I saw some enormous cat eyes, similar to those of the cartoons of Disney, of yellow golden colour, I thought that I was dreaming, but I give faith, knowing that I am not mistaken, that it was there, I do not think there came a single drop out of my body, I retreated without turning around and I went back to that shelter cloth that hung from the ground a few inches..., later it dawned.

The jungle was dripping, a very uphill road to see the Cerro Cuao was almost impracticable, so only the native with the gun and I decided to climb that mud, contrary to the previous afternoon. We advanced very slowly taking two steps forward and one back, in the best of cases, at the end we reached a small clearing in the vegetation and in the distance the sacred hill of the Piaroa Indians appeared, I took out my 6x6 camera and made a shot.

The return to Puerto Ayacucho was quick as far as I remember and we had no setbacks, I spent part of the trip gnawing the red fruit of the size of a cherry –Moriche–.

Already in the riverside town we got back in touch with Pepe, and after an uncertainty of plans we started our trip to the Gran Savannah, but not before spending a couple of days in which I wanted to buy, among other things, a matrimonial hammock. We ended up in the courtyard of the town jail, negotiating the purchase of one of them, according to Pepe the best hammocks are made by the prisoners. I did not like them, they had many colours, there was even a horrible black one combined with another very bright colour that I do not remember, I told the prisoners that I did not like any of them and they, sucking some plastic bags stuffed with coloured ice with fruit taste, insisted on selling us their products, Gloria was intimidated and Pepe suggested that I buy something and then resell or throw it away, I ignored him and we left through the same door through which we had entered, watched by armed soldiers. Later we bought, in the "House of the Poor", a double hammock, the simplest they had, beautiful, made of white cotton with a fine red line and a yellow stripe, along with its yellow –cabulleras– to –guindarlo– to the posts and trees. In a

small indigenous shop we also bought an original one made of moriche fibres (from the first I keep some fabric, because it died at the hands and feet of my son, and the second, almost unused, still retains its smell of vegetable fibres), some pottery, some masks and a couple of Naif fabrics painted in oil. And after an uncertainty of plans, we began our journey towards the Gran Savannah.

As I've anticipated, Pepe was a very peculiar guy, improvising everything while in the boot of his Toyota, the big Coleman fridge (with a drain tap), housed a couple of boxes of "La Polar" beer sailing between blocks of ice, for Pepe water only served to wash oneself, the daily priority was to put oil and gasoline to the engine in almost equal proportion and of course look for more beer along with some Pepsi Cola, bottled water was very difficult to find.

The trip went according to Gloria's script, little to add about it, except the surprise of seeing how children and elderly people who walked with bags on their shoulders at the edge of the small track disappeared when our vehicle passed, I asked our new friend why was that and in a very natural way he answered, —there were some vehicles, apart from the battleships that transport the gold to the mines (that neither refuel nor stop before anything) that were dedicated to run over the pedestrians who collect the cans of beers that everyone —"bounces through the window of his car"—.

The landscape of the great savannah is impressive, the sense of spaciousness is overwhelming, now I can compare it with the plains of the Serengeti, although geologically and botanically they are very different. The view from the top merges in the distance, almost seems to curve, the majestic palm trees seem small bushes and the ferns in their proximity give faith of their Jurassic predecessors, everything is huge and primal.

The locals with whom we lived in the course of the days were simple and welcoming, they liked to be with new people, I do not remember being asked about our way of life or our habits, after being with us they limited themselves to sharing the little they had and that is something we should learn. For our part we always tried to bring some food along with a bottle of rum "Santa Teresa" for the men. As my companion says, children and animals, two words that break my soul, were the ones lacking everything.

The journey continued in the incombustible Toyota, Pepe was inexhaustible, now and with the map on our hands, we are aware of the enormous journey we made, reaching the border with Brazil.

It is very difficult to add more sensations than my companion has already told about these lands of savannahs and waterfalls, as I have already said, everything is of such magnitude that besides surprising, if you stop for a moment and think about it, it overwhelms. I remember, adding to her story, the day on horseback with Jesús García, rider and man of the savannah, guardian of a huge estate in these lands. Jesús had a mine from which he took small amounts of gold, which he sold to complete his wages, it was at the foot of a huge mango, in which its ripest fruits were on the ground, our rider of the savannah called it the chicken tree, he said that a mango fed as much as a bird of its size, I have to say to be honest, that on that day I collected all the ripe fruits that I found on the ground and I ate them, not remembering any indigestion but their delicious flavour. Jesus was bathing the sand next to the mineral in a nearby pond, while I was taking pictures of him, then I took a pick and a shovel and helped him, he taught me how to hit, and to my surprise small golden fragments shone in the bottom of that wooden dish, I stayed with them and in exchange I did not give him my T-shirt.

The day passed in the shade of a riverside tree, slumping and seeing the small eyes of the alligators emerge from a water more than murky. I always thought that it was at the end of this journey on horseback when Jesús the savannah man prepared us some cachapas at sunset, of which Gloria remembers its unique flavour and I corroborate this fact, along with turtle meat, all roasted in an improvised oven with overlaid metal sheets surrounded by embers, now twenty-six years later, the infallible memory of Gloria corrects that evening for the previous night, but what does not change are the experiences and the pain of those animals that in their silence died to please us. For our hosts, that day was a party and so I should remember it.

The succession of waterfalls and narrow valleys to the Brazilian border is shelled by Gloria with descriptive mastery, I am surprised by the amount of detail she stresses in her story. Remembering as she did the town of El Dorado with its people carrying a revolver in the belt, the border city of the Bolívar

state Santa Elena de Auairén and the premature farewell of Pepe, once he knew that there was only a weekly flight to the capital of the country. The next day we left for Puerto Ordaz, in a bus trip that lasted a whole day and of which I do not remember anything, we spent the night in a half-built house of a relative of Naxira, and in the morning we took a plane to Maiquetía.

I always have a bitter taste when I leave a place prematurely, even if it is ugly and I do not like it, I leave wherever I am with any excuse and I look at the landscape again, I drink from the fountain or I caress that nearby tree, but in this case it was worse, the information we had to continue to the National Park of Morrocoy in the Venezuelan Caribbean by land was tremendous, we calculated a week or more travelling and the plane was an option that we had not even considered, I think that Pepe much to his regret, encouraged us to do so, he even called his relatives to pick us up at the bus terminal, the fact is that as I say, I do not remember anything of this trip, except the look in Pepe's eyes when we said goodbye to him.

The arrival to Maiquetía was puzzling, after the anarchic and wonderful trip that we had behind us, the bustle of the airport was tremendous. I do not know how or when we met some Italian girls who had the same destiny as us, Morrocoy, and specifically for them Chichiriviche, a destination that we made also ours. I imagine now in the distance of time, the situation of being in the waiting rooms of the Adolfo Suarez Madrid-Barajas airport in Madrid and asking if anyone intends to go to the Albufera in Valencia by taxi, "I put this example for the distance and the singular place in question" and I do not know very well how someone says yes, and then we can agree with the driver to take us all there, it seems and it is surreal, but that's how it happened.

Gloria sweetens the state of the town in her story, when we saw it we thought, no kidding, the margins of the sea water "cannot be called beach", were crowded with scrap, plastics and remains of food of all kinds, in some circles there were small bonfires burning that amalgam of elements, the hens pecked the ground and the disorder was chaotic, not even comparable to the nearby dumps of Cuban beaches for Cubans. We spent the day touring the area by bus and visiting some places already separated from the population, much more attractive, in the afternoon we returned to the village to buy a

pair of blue and red "Memrod" plastic glasses for diving, "Diplomático" rum, Chilean white wine and a small white cork fridge.

The next day, and sharing again Gloria's story, we took a small boat that took us to an island, all description is not enough, yesterday seemed a nightmare and today a dream. In the afternoon and after our adventures in the hotel room with the –cerambídeos–, as my consort says, we went out to dinner... what we did not understand and now we think we know, is the reason for that great place to eat, located in that disastrous place, we believe that they were sympathizers or members of the more radical Basque left who set up a business there. The truth is that they did not talk to us, they knew that we were Spaniards and we ignorant of that dined a great fish every night, "ignorance can sometimes be a good ally".

Days followed each other, connecting emotions, new islands, frigates in courtship inflating their deep red chests, crimson herons among the mangroves, thousand fish of different forms and colours surrounding our bodies and remembering Jacques-Yves Cousteau's documentaries, wine, rum and rest under the palm trees, there Gloria's unarguably biological desire to have a son was born, and he came fourteen months later.

The way back, as always, was traumatic, on the plane they premiered the film "The Last Days of Eden" with Sean Connery & Lorraine Bracco and that was the finishing touch, thank goodness, as in the outward journey, there was wine from Rioja.

I think it was a Saturday early in the morning when we landed in Madrid and arriving home was all one, we did not have anything in the fridge which we had previously disconnected, so I thought about buying something in a nearby place and a hypermarket was the choice, without hesitation there I went, I took a cart and started to buy a little of everything, all at once I noticed that I was getting sick and I do not maximise or sweeten this issue, I was short of breath and my whole body began to tremble; I left the cart loaded with everything I had taken and left that place.

Development / Materials

Container

Casket frame. Dimensions: 64.5x69.5x14 cm. Built in pressed wood pulp of 3 - 5 - 7 mm. With bamboo dowels and adhesive. Metal fittings for its opening and finishing.

Upholstered. Satin fabric.

Typography. Roman in melted brass.

Framed photographic work. In format and photographic negative 6x6 cm. Stamped with 10 Ultracrome inks on 300 g Natural Hot Press cotton-trimmed paper, in 18x19.5 cm format, coined with a dry blow. Sealed in graphite by the author, defining its nomenclature S.L.A., date and signature.

Elements: Gold nuggets and hammock tissue sample, described in the Travel Diary & Memory Notebook.

Content

Travel diary / Memory notebook

Format. 15.5x22.5 cm, on trimmed paper Tintoreto Gesso 200 g. Stamped with 10 Ultracrome inks. Bound to a one-end yarn, exposed book spine and covers in cotton paste of 1000 g, illustrating the main one with the Venezuelan national outline.

Travel diary text. Gloria Caravaca Escribano.

Memory notebook text. F. Ortiz.

Illustrative images in 35 mm format. Gloria Caravaca & F. Ortiz.

English translation. Milagro Galicia Martín.

Acknowledgements. Teresa Saiz Ocaña & Miguel Fernández-Cid.

Annex. Serial edition. Description on Tintoreto Gesso 200 g cotton-trimmed paper. Stamped with 10 Ultracrome inks. Attached by exposed stitching, sealed, dated and signed by the author.

Photographic work

Covering / Binding

Covers in cotton paste 51x55 cm, of 1000 g, illustrating the main one with

the Venezuelan Orinoco river basin. Binding to six-end yarn and exposed book spine, keeping an approximate chronological order.

Photographic print

41 direct photographic images in 6x6 cm negative. Stamped with 10 Ultracrome inks over cotton trimmed Hot pressed natural 300 g paper in 50.5x54.5 cm, format, initialed with a dry blow in each work. Graphite signed by the author, defining its nomenclature Mtx., date, title and signature.

Promptuarium

S. L. A. From Latin, *semina librum auctor*, "author's book seed". Nomenclature to designate the head copy of an author's book, grouping all the elements included in it.

F. L. A. From Latin, *fructa librum auctor*, "author's book fruit". Nomenclature to designate serial copies of an author's book.

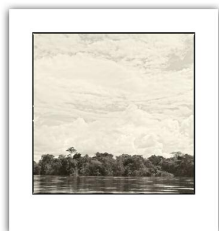
Mtx. From Latin, *matrix*, "matrix". Nomenclature to designate an original stamp as a head book.

Monz. From the Latin, *monozygotum*, "monozygote". Nomenclature to designate the serial copies of a stamp.

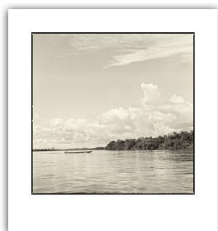
D. D. D. From Latin, *dat, donat, dedicat*, "give, offer, dedicate". Nomenclature to designate the copies out of commerce.

Note. For more information refer to *Promptuarium editio auctor*.

Apéndice documental / Documentary appendix



1



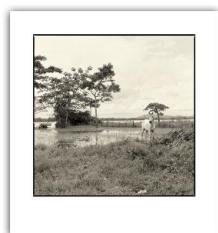
2



3



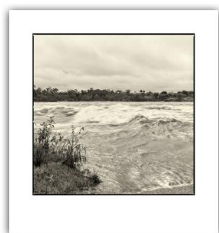
4



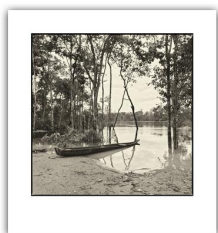
5



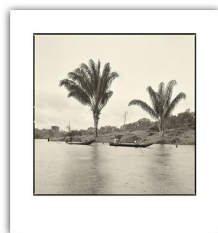
6



7

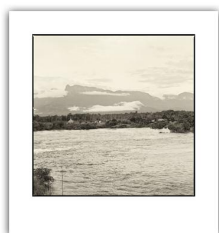


8

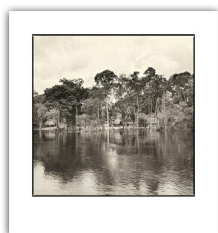


9

1. La selva / The jungle
2. Orinoco como frontera / Orinoco as frontier
3. Barquero / Boatman
4. Comunión / Communion
5. Isla Ratón y caballo / Ratón island and horse
6. Caño Cataniapo / Cataniapo stream
7. Raudal del Danto / Danto water flow
8. Retrato a una curiara / Curiara portrait
9. Mujer y niños remando en el Cuao / Woman and children rowing in the Cuao



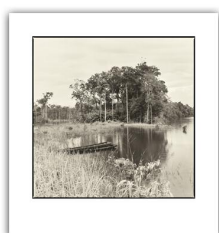
10



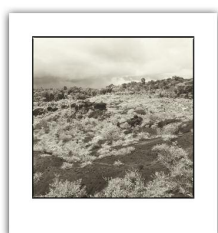
11



12



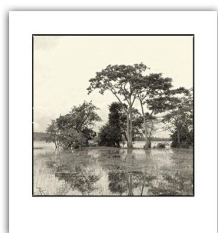
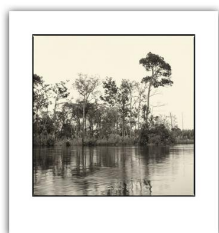
13



14



15



16

10. El cerro Cuao I / The Cuao hill I

11. Asentamiento piaroa / Piaroa settlement

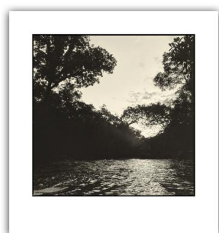
12. El recuerdo de un retrato a dos niños / The memory of a portrait of two children

13. Retrato a dos curiaras / Portrait of two curiaras

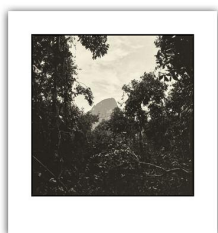
14. El cementerio / The graveyard

15. Lluvia monzónica en la plantación / Monsoon rain on the plantation

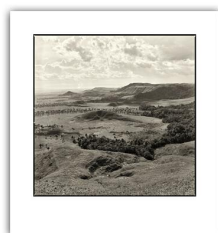
16. El bosque inundado / The flooded forest



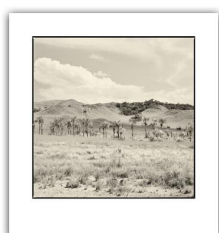
17



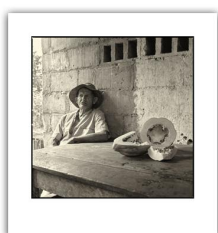
18



19



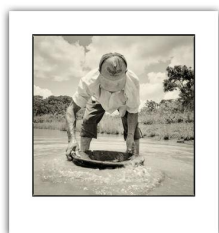
20



21



22



23

17. Atardecer / Sunset

18. El cerro Cuao II / The Cuao hill II

19. La Gran Sabana I / The Great Savannah I

20. Sin Título / No title

21. Retrato a un llanero con lechosa / Plain inhabitant portrait with papaya

22. Tres niños / Three kids

23. Jesús García bateando en la mina Limoncillo / Jesús García batting in the Limoncillo mine



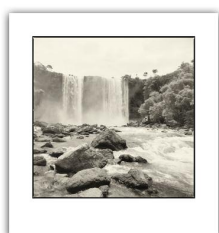
24



25



26



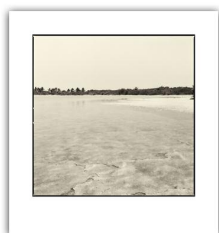
27



28



29



30



31



32

24. Retrato a un gallo / Portrait of a cock

25. Retrato a un chigüire / Portrait of a chigüire

26. La Gran Sabana II / The Great Savannah II

27. Salto Kamá Merú, río Caroní / Kamá Merú waterfall, Caroní river

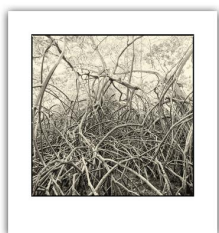
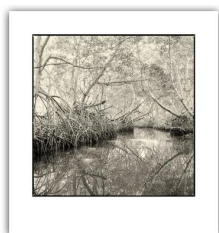
28. Salto Chinak Merú, río Aponwao I / Chinak Merú waterfall, Aponwao river I

29. Saltó Chinak Merú, río Aponwao II / Chinak Merú waterfall, Aponwao river II

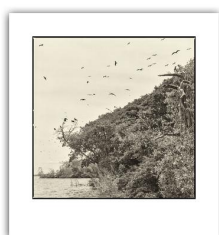
30. La costa / The coast

31. Vegetal a la deriva / Drifting vegetable

32. Los cayos / The islands



33



34



35



36

33. El manglar / The swamp

34. La pajarera / The birdcage

35. Fragatas a contraluz / Backlighting black seagull

36. Retrato a una fragata / Black seagull portrait

Anexo de edición – Libro de autor & edición fotográfica *Edition annex – Author's book & photographic edition*

Esta página resume, complementa y cierra, **Venezuela 1992**. En ella se describe en detalle la edición, ampliando las nomenclaturas del promptuarium descritas en la pág. 89.

This page summarizes, complements and closes Venezuela 1992. It describes the edition in detail, expanding on the promptuarium nomenclatures described on page 89.

☐ **Pendiente / Pending**

☐ ☐ ☐ **Realizado parcial / Partially done**

☒ **Terminado / Finished**

☒ 1 Libro de cabeza. Detallado con la nomenclatura, **S. L. A. + Mtx.**

1 Head book. Detailed with the nomenclature, S. L. A. + Mtx.

☐ 2 Libros seriados. Sin distinción¹ de la obra de referencia **S. L. A. + Mtx.** Detallados con la nomenclatura y número de edición, **F. L. A. 1/2 + Monz. 1/2 – F. L. A. 2/2 + Monz. 2/2.**

2 Serial books. Without distinction of the reference work S. L. A. + Mtx. Detailed with the nomenclature and edition number, F. L. A. 1/2 + Monz. 1/2 – F. L. A. 2/2 + Monz. 2/2.

☒ 1 Serie completa de las imágenes del libro para su exhibición. Sin distinción¹ de la obra de referencia **Mtx.** Detalladas con la nomenclatura y número de edición, **Sp. Ex. 1/1.**

1 Complete series of images from the book for its display. Without distinction of the reference work Mtx. Detailed with the nomenclature and edition number, Sp. Ex. 1/1.



V.ORTIZ

1 Edición fotográfica selectiva de cuatro ejemplares (numeración/título, según apéndice documental pág. 130). Sin distinción¹ de la obra de referencia **Mtx.** salvo la ausencia de barbado y formato 50x53,5 cm. Detallados con la nomenclatura y número de edición, ***Etrox. I/IV – Etrox. II/IV – Etrox. III/IV – Etrox. IV/IV.***

1 Selective photographic edition of four copies (number / title, according to documentary appendix page 130). Without distinction of the reference work **Mtx.** except the absence of rough edges and format 50x53,5 cm. Detailed with the nomenclature and edition number, ***Etrox. I / IV – Etrox. II / IV – Etrox. III / IV – Etrox. IV / IV.***

☒ 1 ☒ 7 ☒ 8 ☒ 12 ☒ 15 ☒ 19 ☒ 22 ☒ 26 ☒ 29 ☒ 31 ☒ 33 ☒ 35

☒ 1 Edición fotográfica de dos ejemplares de la imagen n°8, con el título “*Retrato a una curiara*”. Sin distinción¹ de la obra de referencia **Mtx.** Detalladas con la nomenclatura y número de edición, ***D. D. D. 1/2 – D. D. D. 2/2.***

1 Photographic edition of two copies of image number 8, with the title “Portrait of a curiara”. Without distinction of the reference work **Mtx.** Detailed with the nomenclature and edition number, ***D. D. D. 1/2 – D. D. D. 2/2.***

☒ 1 Edición especial de 199 ejemplares en pequeño formato (9,5x11 cm) de la imagen n°1, con el título “*La selva*”. Detalladas con la nomenclatura y número de edición consecutiva, ***D. D. D. 1/199 → 199/199.***

1 Special edition of 299 copies in small format (9.5x11 cm) of image number 1, with the title “The Jungle”. Detailed with the nomenclature and consecutive edition number, ***D. D. D. 1/199 → 199/199.***

** Este trabajo se terminó el 21/12/2019 a las 14:11:39, cuando Gloria guardó el último cochano de oro en el pequeño frasco de vidrio.*

¹ Léase, la publicación por *Francisco Fernández Ortiz, Promptuarium editio auctor.*

¹ Read the publication by *Francisco Fernández Ortiz, Promptuarium editio auctor.*